

EL HOMBRE DEL PALEOLITICO,  
CON REFERENCIAS A AMERICA

POR

O. F. A. MENGHIN

*Conferencias pronunciadas en la Uni-  
versidad Nacional de Cuyo, Mendoza,  
los días 21, 22, 24 y 25 de Junio de 1949.*

## I

### *El hombre del Paleolítico antiguo y su cultura.*

Hoy, ya no cabe duda, que el hombre vivió durante el cuaternario y aún desde el principio de este período geológico. La historia más antigua del hombre está vinculada, por lo tanto, con una fase del desarrollo de nuestro planeta, que se destaca por sus peculiaridades climatéricas, es decir, por marcadas oscilaciones de la temperatura, cuya consecuencia fueron las glaciaciones, que dieron al cuaternario o cuartario el nombre de tiempo del hielo. Los paleontólogos hablan del pleistoceno y frecuentemente se usa también el término diluvio, denominación, que se originó por una combinación errónea de un acontecimiento geológico con una tradición bíblica, que se refiere seguramente a un episodio mucho más posterior y mucho menos extendido. La teoría clásica se refiere a cuatro glaciaciones y tres interglaciales, siendo probable, que hubo glaciales más antiguos, los cuales, sin embargo, pueden reconocerse solamente por huellas en la región danubiana y no nos interesan. El sistema de las cuatro glaciaciones, establecido por primera vez por Penck y Brückner en los Alpes, ha ganado aprobación casi en todas las partes del mundo, donde el ciclo cuaternario podía desarrollarse completamente y sus depósitos se han conservado. Ahora bien, si las glaciaciones de los hemisferios septentrional y meridional fueron contemporáneas, es discutida hasta el día; pero podemos descuidar la posible discrepancia de las fases cuaternarias para nuestras finalidades. Mucho más desagradable es el hecho de que la interpretación cronológica de los fenómenos cuaternarios en América del Sud y particularmente en la Argentina aún se halla en un estado precario. Nuestra *Tabla I* tiene, por estas razones, sólo el valor de una tentativa.

Esta tabla ofrece también números que indican la duración del tiempo del hielo y de sus etapas. Tienen un interés general, porque de ellos depende a la vez la edad del hombre y de la cultura humana. Dividimos el período cultural más antiguo, la edad de la piedra, en paleolítico y neolítico comenzando el ulterior en Europa alrededor de 3000 a J. C., en Asia considerablemente antes. No hay duda de esto; pero ¿Qué espacios de tiempo hemos de presumir para las sucesivas fases culturales de la evolución paleolítica, especialmente para los dos grandes subperíodos del paleolítico, el paleolítico inferior o antiguo o protolítico y el paleolítico superior o reciente o miolítico?

Hay un método casi exacto que permite determinar el lapso de tiempo que ha pasado desde el comienzo del deshielo del último ventisquero diluvial de Escandinavia hasta la era actual. Puede leerse la duración de este período en las capas anuales, que se han depuesto en las cuencas de los ríos escandinavios en consecuencia de los períodos estivales del deshielo. El sabio sueco G. de Geer pudo averiguar, que este espacio de tiempo alcanza alrededor de 15.000 años. Si pensamos que la última glaciación tuvo tres culminaciones y que los poderosos ventisqueros de ella en su completa extensión alcanzaron hasta la llanura de Alemania septentrional, no podemos menos que estimar la duración de la última glaciación en más de 100.000 años y aquélla de todo el cuaternario de 500.000 años. El yugoeslavo Milankovitch, especialista en geofísica, ha elaborado, junto con geólogos alemanes, una teoría, conforme a la cual las glaciaciones tienen un conexo con la radiación solar, y ha calculado esta radiación para los últimos 800.000 años. Se produce una coincidencia muy sorprendente entre las oscilaciones de la radiación y los cuatro glaciares y tres interglaciares del cuaternario, así que el comienzo del mismo puede determinarse a más o menos 600.000 años. Se han hecho distintas objeciones contra esta teoría; pero aún cuando tuviesen razón los críticos, no se debe pasar por alto que los resultados incontestados de la escuela sueca, conducen aproximadamente a los mismos números. El pequeño número de seis o siete mil años para el tiempo que haya pasado desde la creación del hombre, y que

T A B L A I  
CRONOLOGIA DEL CUATERNARIO

PERIODOS CUATERNARIOS	REGIONES				ARQUEOLOGIA	Años antes 1.800 d. J.C. (0 = 1.800 d. C.)
	<i>Europa</i>	<i>América del Norte</i>	<i>Argentina Pampeano</i>	<i>Argentina Patagonia</i>		
<i>Preglacial</i>	Danubioglacial		Chapadmalense		Prelítico	
<i>Glacial I</i>	Günz I - II	Nebraska	Ensenadense Inferior		Paleo- lítico	592.000— 543.000
<i>Interglacial 1</i>		Aften	Interensena- dense			543.000— 478.000
<i>Glacial II</i>	Mindel I - II	Kansas	Ensenadense		Inferior	478.000— 429.000
<i>Interglacial 2</i>		Yarmouth	Belgranense		(Proto-	429.000— 236.000
<i>Glacial III</i>	Riss I - II	Illinois	Bonaerense		lítico)	236.000— 183.000
<i>Interglacial 3</i>		Sangamon	↓ v ?			183.000— 118.000
<i>Glacial IV - 1</i>	Würm I	Wisconsin I				118.000— 111.000
<i>Interstadial 1</i>						111.000— 74.000
<i>Glacial IV - 2</i>	Würm II	Wisconsin II				74.000— 68.000
<i>Interstadial 2</i>			? ↑		Paleolítico Superior	68.000— 31.000
<i>Glacial IV - 3</i>	Würm III	Wisconsin III			(Mio- lítico)	31.000— 20.000
	Daniglacial		Lujanense?			20.000— 15.000
	Gotiglacial	Wisconsin IV Cochrane	Querandinense Platense = Cordobense			15.000— 8.700
<i>Tardioglacial</i>	Finiglacial					
	Clima boreal					7.600,—
<i>Postglacial</i>	Clima atlántico		Aymarense		Cenizas volcá- nicas 1	4.800 antes 1.800 d. I. C.
					Turba 1	= 2,500 a I. C.

creía deberse calcular a raíz de las genealogías bíblicas, no se apoya en fundamentos firmes, porque la tradición bíblica permite distintas interpretaciones y correcciones. Por lo tanto la comisión bíblica romana no hace oposiciones contra el sistema moderno de ver la edad del hombre. Muchos de los más destacados representantes de tales pensamientos nuevos son sacerdotes, como el célebre dirigente de la investigación paleolítica Abbé Breuil en Paris.

Lo mismo vale también, para el problema del origen del cuerpo humano desde un animal, lo que es una cuestión puramente biológica, mientras no se toque el problema psíquico. La procedencia del alma humana y la formación del hombre como ser espiritual es un asunto enteramente distinto. Si la biología se mezcla en esta cuestión y pretende poder resolverla en el sentido materialista, pasa los límites de su competencia. Pues se trata de problemas filosóficos, psicológicos, culturoológicos, para los cuales la biología puede suministrar material, pero sin poder decidir nada. No tenemos, por lo demás, la intención de ocuparnos aquí del origen del hombre. Nos aproximamos a este problema sólo por cuanto debemos hablar sobre hallazgos de esqueletos, que muchos investigadores consideran como humanos y que, en este caso, son los más primitivos restos de la humanidad conocidos hasta la fecha.

Hace cerca de 60 años, el médico holandés Dubois descubrió en Trinil, Java, una calavera y otros huesos, que excitaron extremo interés, pues la calota perteneció sin duda a un ser más evolucionado que cualquier simio existente o fósil, pero menos evolucionado que cualquier ser humano conocido, inclusive el famoso hombre de Neandertal, que hasta entonces fué considerado la forma más primitiva del hombre. Dubois bautizó a este tipo nuevo *Pithecanthropus erectus*, pero vaciló frente a su clasificación como hombre o como bestia. El *Pithecanthropus* quedó durante mucho tiempo como un enigma de la ciencia, ya que también su edad geológica resultó algo insegura. Hace unos doce años sin embargo, logróse conocer la verdadera edad del *Pithecanthropus* al realizarse investigaciones sistemáticas en la isla de Java. En el curso de estas explo-

raciones se hallaron nuevos restos del *Pithecanthropus*, que pueden datarse exactamente en el medio del cuaternario. La cabeza de un niño pertenece al cuaternario inferior, pero no es absolutamente seguro, que se trate de un individuo del grupo pitecantropoide. Resulta que también otros seres antropoides vivían en Java durante el cuaternario inferior, de los cuales uno fué bautizado *Pithecanthropus robustus*, otro *Meganthropus palaeojavanensis*. No hay más que un fragmento maxilar del último, pero eso permite la suposición que se trate de un animal del tamaño de un gorila. De China conocemos unos molares de proporciones enormes de un antropoide aún más grande, al cual se llama *Giganthropus Blacki*. No se puede afirmar con seguridad, que el pitecántropo fué un hombre; porque con este bajo nivel de la evolución física, tal suposición podría comprobarse solamente, si en combinación con estos seres se hubiesen hallado fuego e instrumentos; pero hasta la fecha falta este indicio, aún menos probable es el carácter humano del megántropo y gigántropo.

Muy complicado es el problema del *Pithecanthropus pekinensis*, al que también se llama *Siranthropus*, o simplemente Hombre de Pekín. Disponemos de unos 24 cráneos o fragmentos de cráneos de este tipo. Se hallaron en las cavernas de Chucutien en el Norte de Pekín en la China, y fueron excavados con la mayor exactitud. Pertenecen igualmente al cuaternario medio y se encuentran en medio de hogares, acompañados de una multitud de instrumentos líticos y óseos de un trabajo rudimentario. Lo más curioso es, que son casi exclusivamente cráneos; de los otros huesos del cuerpo no fueron exhumados más que unas piezas. Los cráneos muestran huellas de apertura intencional, lo que predispone a suponer que se quería extraer el cerebro. Esto recuerda las costumbres de muchos primitivos, que devoran carne humana, y especialmente el seso, creyendo que se adquiere por tal medio las fuerzas del muerto. Pero este canibalismo mágico es un elemento cultural, que hoy en día aparece solamente en fases más avanzadas de la cultura, en primera línea entre los agricultores matriarcales. Por eso es sorprendente, que encontremos esta costumbre en

época tan temprana. Se plantea por estos hechos un importante problema que no fué solucionado por completo hasta hoy. ¿Fué tal vez el ser que mataron y comieron en Chucutien, una bestia morfológicamente muy avanzada, y la presa del otro ser —del hombre verdadero— cuyos esqueletos no están conservados en los yacimientos de Chucutien, sino sólo sus instrumentos y fogones? No debemos pasar por alto que el pitecántropo de Java tiene una capacidad endocranial de sólo unos 700 a 900 cm<sup>3</sup>, el pitecántropo de Pekín entre 900 y 1200, mientras que el famoso hombre de Neandertal, sin duda un ser humano, ya poseía la capacidad de cabeza del hombre moderno, que puede ser de 1500 cm<sup>3</sup> o más. Así no se puede decidir la cuestión del carácter humano de los Hominídes de Chucutien antes de saber si los fogones y los artefactos de este lugar son sus propios productos. Las opiniones de los especialistas son muy contradictorias en este punto. El abbé Breuil, el P. Teilhard de Chardin S.J. y Weidenreich, el más prominente explorador de los restos antropológicos de Chucutien, muerto en el último año, defienden enérgicamente la capacidad espiritual del Hombre de Pekín y le atribuyen el acervo cultural de los yacimientos respectivos; el famoso antropólogo francés Boule y el gran prehistoriador Obermaier en cambio, se han exteriorizado en contra de semejante teoría. Debemos posponer la decisión hasta después del descubrimiento de nuevos yacimientos. Sea como fuere: es seguro que el Hombre de Pekín está más relacionado, morfológicamente, con el grupo del Hombre de Neandertal, que con cualquier otro hallazgo fósil. Manifiesta de manera más extrema los rasgos primitivos que diferencian la raza neandertaloide del hombre reciente. La frente es huyente y aplana. Sobre las órbitas corre un rodete espeso y continuo, la cara es prógnata, es decir saliente, a la manera de un hocico. La abertura piriforme de la nariz es ancha e indica un molde nasal como conocemos en los australianos. La mandíbula inferior es muy vigorosa y carece de aquella prominencia del mentón, que es característica en el hombre reciente. Todos los cráneos del cuaternario inferior y medio y además los neander-

taloides del cuaternario superior, son estrechos y dolicocefalos.

El *Sinanthropus* y con cierta atenuación todavía el Hombre de Neandertal, deben haber tenido un aspecto brutal, pitecoide. La línea desde los diferentes tipos del *Pithecanthropus* de Java a través del *Sinanthropus* al Hombre de Neandertal nos enseña, que el límite entre Prehominides y Homínides ha sido inseguro, flotante, con respecto a la morfología somatológica. Pero repito, que esto no tiene ni las más mínimas consecuencias por lo que a las cualidades espirituales se refiere. No hay punto de unión entre el hombre y los animales desde el punto de vista espiritual. Ya el hecho mismo de que el hombre posea cultura, es decir, cambie cada vez sus relaciones con la naturaleza, de acuerdo a sus exigencias, mientras que el animal permanece con sus actividades instintivas, basta para manifestar la diferencia fundamental entre los dos seres.

No solamente Asia, también Europa y Africa nos han entregado restos humanos del cuaternario inferior y medio. La famosa mandíbula de Mauer cerca de Heidelberg, hallada a 27 metros de profundidad en capas que muy probablemente pertenecen al primer interglacial, se destaca por su primitividad y extraordinario tamaño. Se creería que es resto de un mono, si los dientes no fueran absolutamente humanos. Del mismo estrato proceden huesos trabajados, probablemente productos de este ser. Desafortunadamente, todo un número de fragmentos craneanos hallados en Inglaterra y sospechosos de ser de edad muy antigua, no están suficientemente documentados. Esto atina especialmente para los restos del llamado *Eoanthropus Dawsoni* de Piltdown consistentes en restos de dos cráneos. Las mandíbulas son chimpansoideas; las calaveras, en cambio, se acercan en mucho a la forma del hombre reciente. Se trata de una combinación muy improbable, y por lo tanto dudan muchos sabios que hagan un juego. Pero otros aprovechan estos huesos para teorías audaces, considerando al *Eoanthropus* como antecesor de las razas recientes. A mi parecer, la ciencia debía de abstenerse de operar con ma-

teriales que no están bastante documentados, hasta que nuevos hallazgos permitan un juicio seguro. Pero, particularmente en base a un nuevo hallazgo en Francia, se tiene que contar con la posibilidad de que el tipo del hombre reciente ya existía en tiempos extremadamente remotos. En este caso se debería presumir, que el tipo neandertaloide y aún más los tipos de carácter pitecantropoide no sean etapas de la evolución humana, sino extravagancias de la naturaleza en el sentido de un retroceso.

Dediquemos, por fin, una contemplación más detallada al Hombre de Neandertal. Recibió su nombre de un lugar cerca de Düsseldorf en Alemania occidental, donde restos de huesos fósiles fueron hallados en el año 1856 sin hacerse observaciones exactas, lo que motivó que surgieran discusiones encarnizadas sobre su edad y su significado con respecto a la descendencia del hombre. El gran médico y antropólogo Virchow luchó toda su vida respecto a la supuesta gran antigüedad de estos fósiles. Hoy día no cabe duda, que son cuaternarios y testimonios de una raza más primitiva que el hombre de la actualidad y del fin de la edad del hielo. Pues disponemos ahora de docenas de esqueletos y cráneos completos neandertaloides procedentes de Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Bélgica, Yugoslavia, Rusia, Palestina, Java y algunas partes de Africa. Casi todos están datados exactamente. Sabemos, por lo tanto, que este tipo humano vivía durante el último interglacial y a principios del último período del hielo. Los Neandertaloides ofrecen distintos variantes. La forma clásica es aquella, que encontramos en Europa occidental. Es al mismo tiempo el tipo más primitivo. Ya hemos descrito las características de su cráneo, y añadimos aquí, que tenía un esqueleto macizo, una estatura relativamente pequeña y que andaba erguido, pero con una leve flexión de las rodillas. Otra variedad es el Homo Soloensis de Java, también bastante primitiva. Junto a éstos, hay formas más progresivas, perteneciendo a esta serie en primera línea los Neandertaloides de Palestina, entre los cuales se destacan individuos, que se acercan considerablemente al hombre reciente. Un tipo semejante es el Hombre de Steinheim de Ale-

mania meridional, que merece consideración especial, porque parece más antiguo que los demás Neandertaloides, perteneciendo tal vez al tercer glacial. El hombre de Steinheim tiene, como los demás progresivos, un occipucio bien arqueado, pero, en cambio, un rodete extremadamente fuerte sobre las órbitas.

Que los Neandertalenses fueron hombres en el verdadero sentido de la palabra, lo demuestran los varios restos culturales, que se han exhumado en co-existencia con sus esqueletos, compuestos no sólo de fogones e implementos, sino también de tumbas intencionales y otros testimonios inesperados de una cultura espiritual elevada.

Debemos ver claro el hecho, que no conocemos en realidad al hombre más antiguo, ni a la cultura humana más antigua. Probablemente no conseguiremos jamás descubrirlos y necesitaremos para siempre atenernos a conjeturas acerca de lo referente al estado más primitivo de la humanidad. La formación del hombre como ser psico-físico y de su cultura son misterios. Podemos suponer que entre el origen del hombre y la apropiación del fuego exista un lazo causal; pero no hay manera para comprobarlo. El aprovechamiento del fuego abre seguramente un abismo entre el hombre y los animales que no puede ser más grande. La dominación del fuego parece el principio y la base de toda la evolución cultural. Junto con la lengua, la cultura es la más importante característica del hombre. Los animales no tienen cultura. Los animales son capaces de producir cosas admirables, pero nunca se ha observado que los animales desarrollen sus obras, que dentro de una especie se verifique un alza cualitativa, un progreso de la producción. Las actividades animales son acciones instintivas hereditarias. La cultura, en cambio, estriba en la adaptación al ambiente, o del ambiente a la satisfacción de las exigencias o al cumplimiento de las predisposiciones humanas; un proceso que está sujeto a modificaciones continuas, y, en términos generales, a un incesante enriquecimiento. Lo mismo vale para el idioma. Cuando hablamos del lenguaje de los animales, es obvio, que no se trata de la misma cosa que la lengua humana. El animal

sabe dar signos acústicos para anunciar algo, sean sentimientos o comunicaciones, pero no tiene la facilidad de describir, de exponer algo, y ésta es la función propia del lenguaje humano, de la cual dependen el arte, la investigación, la tradición, el desarrollo del pensamiento.

Aunque no sabemos nada empírico acerca de la evolución cultural de los verdaderos comienzos humanos, podemos decir mucho sobre el estado cultural de aquellos hombres, cuya antigüedad y carácter físico, permiten la suposición, que también mentalmente son allegados al primer hombre. Es el acervo arqueológico, el modesto residuo de sus actividades, el que nos ofrece estos conocimientos. Lo arrancamos con grandes dificultades a las capas geológicas de la edad del hielo. Los datos que conseguimos de esta manera, parecen pobres, y son sin duda altamente incompletos, ya que todo lo que los hombres de aquellos tiempos producían en materiales perecederos, se ha perdido por completo sin la intervención de circunstancias excepcionales. Casi todos los objetos de madera, y la mayoría de los artefactos óseos han desaparecido para siempre. Sólo los huesos que fueron fosilizados en condiciones favorables y poquísimas obras de madera carbonizadas se han conservado, consistiendo el resto de los hallazgos arqueológicos, en objetos de piedra que a menudo representan solamente parte de los verdaderos instrumentos, faltando los mangos y ligaduras.

A pesar de todas las dificultades es considerable nuestro conocimiento de la cultura del hombre paleolítico. El cotejo de los restos arqueológicos con los productos de los pueblos más primitivos de la actualidad permite la reconstrucción no sólo del enmangado originario —si había tal enmangado— sino también facilita formarnos una idea del empleo de estos artefactos. Las huellas de los fogones, los despojos de las comidas compuestas de huesos y conchas, las particularidades de las viviendas y varias otras observaciones, posibilitan una visión de la vida diaria de nuestros antepasados diluvianos, que gana cada vez más color y contenido a medida que sacamos más artefactos del suelo. Por cierto revelan en primer lugar

T A B L A I I

CRONOLOGIA DEL PALEOLITICO INFERIOR (PROTOLITICO)

PERIODOS CUATERNARIOS	CULTURAS		
	DEL HUESO	DE LASCAS	DEL HACHA DE MANO
<i>Preglacial</i>	Culturas indiferenciadas?		
<i>Glacial I</i>	(Prelítico	Industrias de guijarros)	
<i>Interglacial 1</i>	Nihovanense ?	Clactoniense I	Abeviliense
<i>Glacial II</i>			Abeviliense
<i>Interglacial 2</i>	Chukutiense	Clactoniense II Levaloisense I - II	Acheulense I - II
<i>Glacial III</i>		Clactoniense II Levaloisense I - II	Acheulense III - V
<i>Interglacial 3</i>	Culturas del hueso de Europa Central	Clactoniense III Levaloisense III - V Musteriense I - II	Acheulense VI - VII
<i>Glacial IV 1</i>		Levaloisense VI - VII Musteriense I - II	
<i>Interstadial 1</i>			
<i>Glacial IV 2</i>	Paleolítico superior (Miolítico)		
<i>Interstadial 2</i>			
<i>Glacial IV 3</i>			

un sector limitado de la civilización, o sea la economía. Hechos de cultura social y espiritual de los tiempos prehistóricos pueden inferirse bastante raramente en base a las investigaciones arqueológicas. No faltan, sin embargo, por completo las indicaciones respectivas. Las fuentes arqueológicas más importantes del estado social e intelectual de períodos prehistóricos son las tumbas, las producciones artísticas y los objetos y lugares dedicados al culto. Veremos que dos de estas tres clases de hallazgos ya se hacen procedentes del paleolítico antiguo.

Antes de reconstruir la historia evolutiva de la cultura más antigua, deben ser aclarados los fundamentos cronológicos, para lo cual consúltese la *tabla II*.

En primer lugar por las investigaciones del abbé Breuil, leader de los especialistas franceses, sabemos hoy en día, que ya aparecen artefactos humanos en el primer interglacial. Con este hecho se abre la posibilidad de la formación del hombre durante el terciario tardío. Hay razones que sugieren la idea, que el hombre más antiguo, tal vez ya terciario, poseía una cultura de la madera y del hueso, sin despreciar enteramente la piedra, pero no trabajándola de manera intencional. Los primeros instrumentos pétreos que conocemos, son esquirlas, cantos y guijarros, que fueron adaptados para su uso mediante unos golpes. Se trata probablemente de una industria no diferenciada, de la cual procedieron ya en el primer interglacial dos técnicas líticas distintas: una desplegó la producción con el aprovechamiento de lascas y láminas que se trabajaron solamente con retoques marginales; la otra continuó adaptando más perfectamente los guijarros, cantos o nódulos desarrollando el retoque bifacial de los mismos. De esta manera se formaron los dos grandes grupos industriales del paleolítico inferior y superior: las culturas de lascas y las culturas del hacha de mano. Junto con ellas hallamos un tercer grupo, que mantiene de manera conservadora la predilección antigua con respecto al hueso para la producción de las herramientas: las culturas del hueso.

Cada uno de estos tres grandes círculos de cultura se desarrolló considerablemente durante el largo lapso del paleolítico antiguo, en parte por influencias mútuas, en parte por

evolución interna. El paleolítico antiguo dura hasta el comienzo de la cuarta glaciación; comprende pues, casi todo el cuaternario y según Milankovitch, su fin estaría alrededor del año 75.000 a.C. Las denominaciones de las diferentes etapas cronológicas y facies regionales de las culturas diluvianas se derivan de yacimientos significativos, especialmente franceses, saliendo de este país la investigación paleolítica. En el transcurso del tiempo ha aumentado enormemente el número de las facies paleolíticas descubiertas en el mundo entero, de manera que existe hoy día una gran cantidad de designaciones. Para nuestra finalidad basta conocer las más importantes. La primera cultura de lascas bien marcada aunque muy tosca, es el Clactoniense, llamado así por Clacton-on-Sea en Inglaterra meridional, y que se ha encontrado en muchas partes de Europa, Africa y Asia. Florece en el primer interglacial y sobrevive en leves modificaciones y refinamientos en el último interglacial. Poco más tarde aparece, ya bien desarrollado en el cuaternario medio y esparcido en Europa, Africa y Asia anterior, el Levalloisiense que perdura hasta el fin del paleolítico antiguo. Al último interglacial y a los principios del último glacial pertenece el Musteriense. Abarca muchas variaciones, causadas en parte por influencias de otras culturas, especialmente del Levalloisiense y de las culturas avanzadas del hacha de mano. Estas últimas empiezan coetáneamente con el Clactoniense en el cuaternario temprano. Se llama a la primera etapa Abeviliense —antes Cheleense—, a la segunda Acheulense. El Acheulense se extiende a través del cuaternario medio hasta el último interglacial, formando siete subetapas.

Las culturas del hueso son poco conocidas y no permiten aún una articulación tipológico-cronológica detallada.

Cabe poca duda, que la cultura del hacha de mano tuvo su origen en la zona tropical del Viejo Mundo, donde prevalecía durante todo el cuaternario. Esto se debe muy probablemente a la consecuencia del hecho que un instrumento como el hacha de mano era muy adecuado para regiones con abundante flora, práctica para cortar ramas, plantas trepadoras y raíces,

y tenía utilidad como rompe-cabeza, arma que en la floresta virgen tiene mayor uso que el dardo, aunque no haya faltado, probablemente, éste último. Se puede contar a la maza y la lanza entre las armas primordiales y generales de la humanidad. Cada palo puede usarse como maza, cada rama derecha y puntiaguda como lanza. De seguro fué inventado ya en el mismo tiempo el palo excavador, que originariamente no fué más que una vara puntiaguda. Las culturas puras de lascas se desarrollaron, según las pruebas arqueológicas, en la cinta central del mundo eurasiático. En ellas se destacan las armas arrojadizas, es decir las lanzas, dardos, jabalinas, apropiadas para la vida en la estepa abierta, y además el puñal, en breve, armas provistas de puntas, en contraste con las armas para golpear, preferidas en las culturas del hacha de mano. Por eso hallamos en las culturas de lascas una inclinación muy marcada hacia la producción de fuertes y perfectas puntas de piedra, que faltan en las culturas del hacha de mano. El foco principal de las culturas del hueso debe encontrarse en el norte de Eurasia, y por eso les corresponde una importancia transcendental y singular para América. Debo ocuparme más detenidamente de este problema.

Es sabido que las tendencias científicas en la América del Norte han sido las de refutar la idea de un poblamiento paleolítico de este continente, durante mucho tiempo. Durante los últimos 20 años se hicieron, sin embargo, numerosos hallazgos en los Estados Unidos, que simplemente no permiten sostener a esta teoría, ya discutida desde hace mucho por los especialistas europeos y algunos americanos, especialmente argentinos. Hoy no se trata ya solamente del llamado complejo de Folsom, sino hay muchos otros descubrimientos del paleolítico superior tanto en América del Norte como Central; hablaremos sobre ellos más tarde. Aquí nos contentamos con el hecho de que los arqueólogos norteamericanos conceden ahora al poblamiento del continente una antigüedad por lo menos de alrededor de 20 ó 30.000 años a. C., es decir aún durante la tercera fase de la última glaciación. Pero la mayoría de los especialistas norteamericanos se niega todavía a aceptar una inmigración del hombre a América antes o al principio de la última

glaciación. Por cierto, no disponemos ahora de excavaciones, que podrían considerarse como testimonios incontestables de la presencia del hombre del paleolítico inferior en ambas Américas. Los hallazgos a los cuales se refieren los hermanos Ameghino, Outes, Frenguelli, Vignati y otros sabios argentinos, que defendían y defienden el paleolítico antiguo en la Argentina, no son, por desgracia, documentos tan exactos como deben exigirse en casos de semejante importancia y controversia. No obstante cuento con la posibilidad de que el hombre del paleolítico antiguo ha vivido en América. Hrdlička, uno de los más prestigiosos antropólogos norteamericanos de la generación pasada, ha organizado una expedición propia con el fin de examinar los yacimientos argentinos hace unos cuarenta años. Los miembros de esta misión llegaron a resultados negativos. Discutieron la antigüedad de todos los hallazgos argentinos, tanto esqueletos como residuos culturales, a base de los cuales se pretendía la existencia de la edad paleolítica. Observaciones de otros extranjeros, como Hugo Obermaier, sin embargo han llevado a un reconocimiento de la edad tardío-cuaternaria de por lo menos algunos de los esqueletos fósiles de Argentina. Pero la sentencia de Hrdlička y sus colaboradores traía tras sí una repercusión no superada hasta la fecha.

En realidad, habría sido mejor si Hrdlička hubiera aplicado sus energías en la investigación en América del Norte. Probablemente lo ha creído innecesario, considerando comprobado que en los Estados Unidos no existiera un paleolítico, y aún menos un paleolítico antiguo. Afirmaron los norteamericanos, que en el transcurso de la exploración de millares de cuevas nunca se habían evidenciado capas paleolíticas; consecuentemente no había que esperar algo para el futuro. Pero hoy sabemos, en base a las excavaciones, en absoluto científicamente realizadas, que las cuevas norteamericanas contienen al menos estratos del paleolítico superior. No hay razón entonces, para que no puedan ofrecer algún día también capas del paleolítico inferior. Tenemos que librarnos de todos modos de la idea, que una capa paleolítica tendría que contener siempre cosas idénticas como en Europa occidental, es decir pedernales tallados de una manera más o menos fina, hachas de mano, o lindas las-

cas con retoques marginales. Hay hasta en Europa industrias, en las cuales el instrumental de piedra es muy insignificante, confeccionado a veces de un material inferior como el pórfido, la cuarzita, areniscas silíceas y hasta la caliza. Las formas son atípicas y de costumbres tan rudimentarias, que no pueden reconocérselas como artefactos sin la ayuda de otras indicaciones, como ser un material ajeno al lugar. Al examinar con atención los huesos de tales yacimientos, resulta a menudo una observación muy asombrosa. Muestran ellos claras huellas de frecuente utilización y pueden presentarse entre ellos formas que se repiten, es decir verdaderos tipos óseos. Nos encontramos, de este modo frente a un grupo industrial sui generis, de la cultura del hueso mencionada anteriormente.

La primera vez que se encontró la cultura del hueso fué hace unos cuarenta años, en cuevas suizas situadas a gran altura. La gruta más importante, llamada Drachenhöhle, esto es Cueva de los dragones, cerca de St. Gallen en la Suiza oriental, se encuentra a 2.440 metros sobre el nivel del mar. Desde luego, esta cueva puede haber sido utilizada solamente durante un interglacial, porque durante las glaciaciones propias quedaron estas alturas inaccesibles para animales y hombres. En nuestro caso se trata del último interglacial. Rendía herramientas pétreas de calidad inferior, confeccionadas con la caliza local, y una multitud de instrumentos óseos. El carácter artificial de estos productos fué discutido, pero es hoy reconocido en todas partes. Hallazgos similares salieron a la luz de muchas otras cuevas suizas, de una caverna de Nüremberg, de distintas grutas de los Alpes austríacos y yugoslavos, y por fin también de Bohemia y Silesia. Muy importante para América es el hecho de que también se hicieron hallazgos de la cultura del hueso en Asia nororiental. Hay un yacimiento puro en el Lago de Nihovan en la China septentrional y es más antiguo que la famosa estación de Chukutien. La cultura de Chukutien parece algo mezclada, uniendo elementos de las culturas del hueso y de lascas, tal vez también del hacha de mano. Si ha existido un poblamiento de América en el paleolítico inferior, debe haber salido de Asia nororiental y mostrar conexiones con la cul-

tura del hueso. En realidad parece, que ya fueron encontrados unos artefactos pertenecientes a esta cultura en California. A comienzos de nuestro siglo, el paleontólogo de la Universidad de California Prof. Merriam, exploró unas cuevas en la región de Shasta, y desenterró en esta oportunidad algunos objetos de hueso, de los cuales sospechaba que se trataba de resultados de trabajo humano. (Fig 1.). El Prof. Putnam, famoso arqueólogo de entonces, examinó las piezas y tampoco dudaba de su carácter artificial. Aunque estos objetos derivan de capas cuaternarias —uno de ellos probablemente del cuaternario medio— fueron menospreciados por la ciencia contemporánea, a causa de la dominante aversión para un reconocimiento de hallazgos paleolíticos y hasta la fecha no son apreciados en su verdadero valor científico.

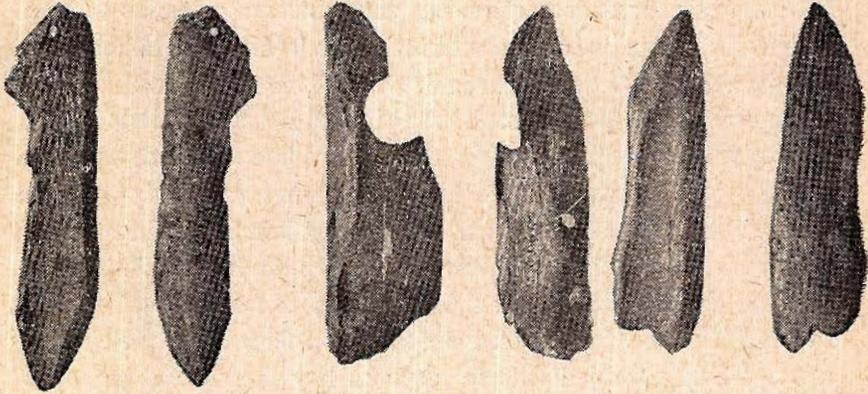


FIG. 1

Artefactos óseos de Potters Creek Cave, Shasta Country, (California EE.UU.)

¿Qué debemos pensar de los artefactos de hueso, que provienen de la Argentina, y que, según algunos especialistas nacionales, pertenecen a un paleolítico inferior muy antiguo, mientras que otros niegan radicalmente la exactitud de tal opinión? Vignati y Rusconi propugnan todavía la teoría Ameghiniana, según la cual el hombre ya existía en la Argentina desde el Chapadmalense y Ensenadense. Atribuyen al primero los molares de Miramar y un número de artefactos, en su mayoría líticos y de una elaboración mucho más perfecta que la que puede observarse en el paleolítico inferior del Viejo Mundo.

Del Ensenadense deberían dimanar varios instrumentos óseos, que han sugerido a Vignati la idea atractiva de que se trata de una cultura del hueso, subsiguiente a la cultura primera, que es lítica. Los adversarios de tales conceptos objetaron, que es imposible que existiesen culturas tan antiguas en América, faltando huellas de culturas contemporáneas en el Viejo Mundo. Este reparo hoy no tiene valor, siendo comprobada la aparición del hombre en el cuaternario inicial y tal vez en el preglacial en Europa y Africa por un lado, rebajadas por otra las edades geológicas del Chapadmalense y Ensenadense, que antes habían sido declarados terciarios. Tampoco la censura del conocido americanista francés Rivet, es sólida. Rivet combate todavía en el año 1943 los supuestos hallazgos argentinos de hueso por medio del argumento, que es improbable el florecimiento de una industria ósea en América mientras que faltan todos los productos de hueso en el paleolítico antiguo de Europa. Es curioso que un antropólogo de categoría no se haya enterado de los descubrimientos que han hecho época en Suiza, o por lo menos de las publicaciones de su célebre compatriota Abbé Breuil, que ha destruído definitivamente la leyenda de la ausencia de los artefactos de hueso en el paleolítico antiguo. La crítica de Rivet, pues, debe ser rechazada. Otras objeciones, sin embargo, no me parecen carentes de valor: son ciertos reproches que conciernen a los métodos de recolección, de excavación y de presentación del material arqueológico en cuestión. Faltan hasta ahora excavaciones extensas y sistemáticas, que correspondan a las exigencias severas de la técnica moderna, hecho que forma una de las causas por que el mundo internacional científico se resiste todavía a reconocer la existencia del paleolítico argentino. Se agrega, que según parece han ocurrido falsificaciones y supercherías, promulgadas especialmente por Eric Boman. Si se mantiene, por ejemplo, que en el Chapadmalense de Miramar fueron hallados bolas de piedra pulimentadas, es difícil aceptar semejante afirmación, y el único efecto es la desconfianza en todo el material de esta zona.

Para colocar la ciencia del paleolítico argentino sobre una base sólida, es preciso ejecutar nuevas excavaciones con

toda la exactitud científica posible. Veremos luego si el material aportado en el período heróico de la investigación prehistórica de la Argentina resiste la prueba delante de los criterios nuevos, ganados por indagaciones de estilo moderno. Veremos también, si se confirma mi teoría, según la cual el desarrollo de la cultura más antigua en América es determinada de amplio modo como industria ósea.

Ocupémosnos ahora de lo que sabemos sobre el estado cultural del hombre del paleolítico inferior. Fué, sin duda, cazador y recolector, viviendo de lo que le daba la naturaleza. Tenemos que pensar, que en aquel entonces había una riqueza enorme de caza, que los animales no fueron tímidos, porque no conocían el peligro que se les cernía por parte del hombre, que especialmente cachorros podían ser apresados casi sin dificultades. El hombre de este tiempo era sin duda ante todo carnívoro. La afirmación de ciertos ilusos de que el hombre primordial fuera un vegetariano, es una linda fantasía. Todo el aparato de digestión del hombre está orientado hacia la nutrición mezclada, pero con prevalencia de la carne. Por lo tanto, el hombre primordial no apreciaba la sal. De este material necesita el hombre fisiológicamente tan sólo cuando come mucha sustancia vegetal. Las raíces, bayas y otras cosas pertenecientes al reino vegetal, que el hombre seguramente no despreciaba desde el principio, no formaban gran parte de su dieta, como para exigir la ingestión de sal. Aún hoy existen ciertas tribus salvajes, que basan su alimentación casi exclusivamente en la caza y no conocen la sal.

El hombre primordial no era troglodita como se podría presumir. En el cuaternario inferior no existían muchas cuevas por haberse formado principalmente en la segunda mitad del diluvio; además eran peligrosas por la competencia de las bestias. Tan sólo el hombre de Neandertal comenzó a poblar las grutas.

Como armas arrojadizas hemos de tomar en cuenta principalmente a las lanzas, también a la maza arrojadiza y tal vez ya al arco y flecha. Los pigmeos, los más primitivos entre todos los pueblos salvajes aún vivientes, poseen el arco. Por lo

tanto, es permitida la suposición que esta arma ya se conocía en el paleolítico antiguo, pero seguramente sólo en ciertas culturas. En la cultura del hueso se encuentran finas puntas de hueso, que pudieran haber sido puntas de flechas. Pero no podemos comprobarlo.

El trabajo de la piedra se desarrolló en las culturas de lascas como en las del hacha de mano cada vez más en el transcurso del tiempo. Prefiriendo las armas arrojadizas, particularmente la lanza, las culturas de lascas tendían ante todo a conseguir láminas largas y anchas, que permitían hacer buenas puntas. Para ese fin se inventó una preparación especial del canto. Un pedazo de piedra preparada para el lascado llamamos núcleo. La cultura con la perfección más grande en la preparación de los núcleos, fué el Levalloisiense. Las hachas de mano, originariamente muy toscas, se desarrollaron hasta formas especiales y muy finas en gran cantidad, durante el acheulense. No cabe duda que ciertas hachas de mano del Acheulense fueron en parte verdaderas hachas, provistas de un mango. Hacia el fin del paleolítico antiguo se mezclaron de amplio modo las distintas industrias; proceso, causado principalmente por las migraciones que el hombre se vió obligado a hacer por los cambios catastróficos del clima cuaternario. Hay, por ende, culturas que comprenden tanto hachas de mano como tipos sobre lascas. Era lógico, que también las técnicas influían unas sobre las otras. Así se producían ahora hojas largas y delgadas mediante la técnica bifacial de las hachas de mano; estos productos excelentes servían sin duda de puntas de lanzas o de puñales. Finalmente se desplegó en muchas regiones de Europa, Africa y Asia anterior una cultura tan intensamente mezclada, que las diferentes facies de la misma pueden atribuirse ya a uno, ya a otro grupo principal. Es el llamado Musteriense, la cultura típica del Hombre de Neandertal. Sigue floreciendo hasta el fin del primer estadio de la cuarta glaciación. En países extra-europeos tiene una vida aún más larga. Dividida en numerosas variaciones, co-existe en Africa durante mucho tiempo con las culturas del paleolítico superior; una de sus facies, el Ateriense del Sahara, está caracterizada, por la evo-

lución de una linda punta de flecha con pedicelo, evolucionado de un tipo arcáico más grosero. Es absolutamente igual a las puntas de flecha neolíticas pedunculadas.

Aún no son satisfactorios nuestros conocimientos de las evoluciones contemporáneas en Asia, pero por lo visto debemos contar con semejantes retardaciones en Asia sudoriental. Muy sintomáticas son las cosas en el Sur de Australia y en Tasmania. En aquellas regiones vivían todavía en el tiempo del descubrimiento, varias tribus en el estado de cultura del paleolítico inferior. Al examinar el instrumental lítico de los Tasmánicos, que se extinguieron durante el siglo pasado, puede observarse que es muy semejante al de la industria de lascas del Musteriense y que muestra solamente pocos enriquecimientos por influencias posteriores. También en América se han conservado muchos cazadores y recolectores primitivos. Tales son los Yámana y los Alacaluf del extremo Sur, racialmente los fuéguidos de Imbelloni. Entre sus herramientas hay ciertamente varias que no corresponden al paleolítico antiguo, como por ejemplo los harpones de hueso pulimentados y las puntas de flecha pedunculadas de tipo neolítico. Pero sin duda han aceptado estas armas recién en tiempos tardíos, bien que aún no sabemos cuando y donde. Básicamente es la cultura de los llamados indios canoeros de Chile y Argentina, un residuo del paleolítico antiguo (probablemente de la cultura del hueso), igual que la de ciertos cazadores y recolectores del Chaco y de California. La cuestión más interesante es: ¿Cuándo han llegado los pueblos de este nivel cultural tan inferior a nuestro continente? No se debe confundirlos con los portadores de las culturas del tipo Folsom y apariciones coetaneas, porque estas representan claramente el nivel civilizador del paleolítico superior, es decir, de culturas de cazadores avanzados y de plantadores más antiguos. Nadie estará inclinado a presumir, que tribus del nivel del paleolítico inferior han dejado Asia, penetrado en América y atravesado luego, en parte, todo el continente, después de la inmigración de los cazadores avanzados y los plantadores que ya llegaron durante las postrimerías de la última glaciación. Así llegamos también a raíz de reflexiones etnológicas a la

conclusión de que el poblamiento más antiguo de América debe ser colocado en una etapa temprana de la última glaciación, posiblemente aún mucho antes.

Pero regresemos al paleolítico en su propio sentido y a sus particularidades culturales. El carácter de su economía es claro. ¿Pero sabemos algo acerca de la vida social e intelectual de este período? Cabe poca duda, que la estructura social del cazador primitivo tenía los mismos rasgos que la de los pueblos más primitivos de la actualidad. Su organización política se restringe a las funciones indispensables, es decir, al mantenimiento del orden dentro de pequeñas unidades, formadas usualmente por unas pocas familias. Es el llamado estado de la horda, que nos sale al encuentro en este nivel de la civilización. No conoce caciques, clases sociales, servidumbre ni otras exigencias de las culturas más avanzadas; en este nivel cultural prevalece también la monogamia, siendo muy raras las costumbres poligámicas. Faltan además a los pueblos más primitivos instituciones como el matriarcado, que es un resultado de evoluciones posteriores, relacionadas con la formación de la agricultura. Es verdad, que no podemos observar empíricamente a la mayoría de estas condiciones en el paleolítico, sino sólo las inferimos por analogía, pero tales conclusiones tienen un carácter sólido y se averiguan siempre, cuando el material arqueológico permite controlarlas.

Eso fué posible de una manera muy sorprendente en el campo de la vida religiosa del hombre protolítico. Los pueblos actuales más primitivos creen en Dios, como ha puesto fuera de duda la investigación moderna; y aún más, creen solamente en un dios, son monoteístas; hecho que aniquila todas las construcciones de las escuelas evolucionistas y psicologistas con respecto al origen de la religión. Tienen oraciones y celebran sacrificios: están convencidos, en fin, de la existencia de una vida más allá. Podemos demostrar, que ya el hombre del paleolítico antiguo poseía tales ideas e instituciones. Es un hecho incontestable que una gran parte de los esqueletos neandertalenses derivan de tumbas intencionales, provistas a veces de un ajuar sepulcral, lo que significa que este hombre, que aún

se encontraba en un estado físico mucho más primitivo que el hombre de la actualidad y del paleolítico superior, brindó una cierta piedad a sus difuntos; observación que permite además suponer que tenía pensamientos supranaturales.

Pero disponemos de hallazgos aún más notables. En las mencionadas cavernas centroeuropeas de la cultura del hueso, fechables en el último interglacial, se han desenterrado objetos muy peculiares, cuya interpretación nos dice mucho de la vida religiosa del hombre del paleolítico antiguo. La excavación de la Drachenhöhle p. e., trajo a la luz algunos cajones, contruídos muy primitivamente con losas, en cuyo interior se hallaba depositada la cabeza de un oso de caverna, mientras que se hallaron acumulados a lo largo de las paredes los huesos largos del oso. Ya el primer descubridor de estos yacimientos, el Prof. Baechler de St. Gallen reconoció la singular importancia y el verdadero sentido de estos residuos de la actividad humana. Mirando alrededor para encontrar apariciones comparables entre los primitivos modernos, se convenció pronto que la costumbre del sacrificio de cabezas y de huesos largos florecía todavía en muchas regiones de Eurasia septentrional. El historiador de religión yugoeslavo Prof. Gahs comprobó más tarde, que esta clase de sacrificios en su forma más pura y original se encuentra especialmente entre las tribus de carácter primordial, por ejemplo de la capa más antigua de los esquimales, los llamados esquimales del Cáribu. Ceremonias relacionadas con el oso y rituales especiales concernientes a los huesos largos, son cosa común en toda la zona circumpolar. Puede demostrarse en base al material etnográfico, que existen dos etapas principales del significado religioso del oso. En la primera, el oso o partes de su cuerpo, especialmente la cabeza, son objetos predilectos para sacrificios a Dios, o a la deidad, que otorga un buen éxito de la caza; más tarde avanza el mismo oso hasta objeto de veneración; uno de los muchos ejemplos que demuestran la decadencia de la religión durante el tiempo prehistórico. Los resultados de la ciencia nos autorizan hoy a suponer que en el principio existían ideas religiosas simples, pero mucho más elevadas que aquellas que se desarro-

llaron en los tiempos de avanzada civilización técnica y social. Es de transcendencia singular, que la corrupción de la religión en el curso del paleolítico, se manifiesta también en el material arqueológico. En cuevas de Silesia aparecieron en un conjunto arqueológico más joven que aquél de las cavernas alpinas con frecuencia cabezas de oso, que se hallaban insertadas cuidadosamente en pequeños nichos naturales de la roca, rodeadas de piedritas. Lo extraordinario, sin embargo, era que los colmillos de estos cráneos mostraban mutilaciones artificiales, aplicadas a las bestias durante su vida, como resultó de la investigación científica en el instituto de cirugía dental de Breslau. Nos encontraríamos con esto frente a un enigma, si no supiéramos que los Ainus de Sachalín ejecutan todavía iguales prácticas para hacer inofensivos a los osos jóvenes, que capturan y crían para sus fiestas del oso. La coincidencia entre los hechos arqueológicos y los etnológicos es perfecta en este caso, y nos revela un capítulo de la historia más antigua de la religión, que no pudiera ser más instructivo. Es a la vez una demostración sobremañera clara de la enorme importancia de la prehistoria, y particularmente de la arqueología prehistórica, para la formación de nuestro conocimiento del universo, de una ideología fundada sobre una base científica, de una ciencia que ciertamente ha superado la candidez infantil del evolucionismo y del materialismo filosófico del siglo pasado.

*El hombre del paleolítico reciente y su cultura material*

Durante la última glaciación —según los datos de Milankovitch alrededor de 75.000 años ante Cristo— aparece un tipo humano nuevo, con culturas nuevas, que representan al paleolítico superior. Este hombre no se distingue físicamente en nada del hombre moderno. Fué bautizado *Homo sapiens*, nombre que parece extremadamente inadecuado, ponderando todos los actos de locura, que ha realizado hasta hoy en día. Me parece, por lo tanto, que la designación de “*Neanthropus*” es más conveniente. La mayoría de los esqueletos neanthropoides hallados hasta ahora, pertenecen a tipos raciales, que debemos considerar como antecesores de la raza blanca o europoide. Entre ellas se encuentra la famosa raza de Cromagnón, reconocida por primera vez en Francia, después en muchas partes de Europa occidental y central, y escasamente también en Africa y Asia. Por lo demás hay pocos problemas más discutidos de la historia racial, que la clasificación racial de los esqueletos del paleolítico superior. Unos antropólogos, como Weinert, sostienen que forman un sólo grupo y van tan lejos, que dicen que en el paleolítico superior habría existido solamente una raza, la blanca, y que las razas de color no evolucionaron antes del fin del paleolítico; otros, en cambio, como Weidenreich, creen que la formación definitiva de las razas actuales se cumplió justamente durante el paleolítico superior y que estas formas ya se prepararon, de algún modo, durante el paleolítico inferior. Para cada uno de estos puntos de vista pueden darse ciertos argumentos. Ya dije que los esqueletos de tipo europoide prevalecen, siendo muy escaso el material atribuible a las razas mongoloide y negroide. Pero es muy posible, que esta

unilateralidad de las fuentes es solamente causada por el hecho de que la exploración prehistórica de los continentes extra-europeos está aún en un estado extremadamente defectuoso. Además no debemos olvidar, cuán difícil es diferenciar las razas únicamente en base a los esqueletos. Finalmente no faltan del todo los indicios de la existencia de razas no-europeas. Desde hace mucho tiempo conocemos dos esqueletos, hallados en las grutas de Grimaldi en la frontera franco-italiana, que se distinguen mucho de los Cromagnoides en las mismas cavernas. Según la opinión de varios especialistas, la llamada raza de Grimaldi debe ser atribuido a un grupo negroide; otros la consideran como pigmoide, es decir mestizos entre verdaderos pigmeos y una raza de estatura normal. Es un hecho curioso, que Africa, hasta ahora, no ha suministrado ningún esqueleto de negro del auténtico paleolítico superior. Un problema aparte forma la raza de Brûx o Brünn, documentada con cierta frecuencia en Moravia. Muestra rasgos primitivos, por ejemplo, fuertes rodetes supraorbitales; por lo tanto la consideran algunos antropólogos como una mezcla entre el *Homo neandertalensis* y el hombre neantropoide; otros la conceptúan como una forma especial del tipo europeo. Mi personal opinión es que son mestizos entre europoides y melanesoides, es decir, que están relacionados con aquella variante de la raza negroide, que vive todavía en Oceanía y es representada actualmente por los Papuas de Nueva Guinea, mientras que aparece en estado fósil en Indochina y China. También la famosa raza americana de Lagoa Santa, representada en la Argentina por ejemplares fósiles como el de Fontezuela, puede ubicarse dentro de este grupo. Hasta hace poco tiempo no supimos casi nada sobre la existencia de representantes fósiles de la raza mongoloide. Pero en el mismo Chucutien, que nos ha brindado tan inapreciable material del paleolítico antiguo, fueron también desenterrados tres esqueletos más recientes, cronológicamente atribuibles al paleolítico superior tardío. Uno de ellos representa el tipo proto-mongoloide, mientras que los otros dos pertenecen a tipos melanesoides y esquimoides; una extraña combinación, que comprueba cuan lejos había progresado la mezcla de razas al fin del cuaternario en ciertas regiones. Es de esperar que la China

nos dará aún mucho concerniente a la raza mongoloide. En todo caso, la opinión de que las razas principales actuales y al lado de ellas razas mestizas e híbridas existían ya en el paleolítico superior, tiene buenos fundamentos.

Mucho más que de las razas, sabemos acerca de las culturas del paleolítico superior. Los tres grandes círculos culturales que se habían desplegado durante el paleolítico inferior, continuaban viviendo, pero en un nivel marcadamente más elevado y formando muchos grupos y etapas (Tabla III). A primera vista, por cierto, podría ganarse la impresión de que las culturas del hueso y del hacha de mano habrían desaparecido, y que florecían solamente la de lascas, porque esta última predomina decididamente en el cuadro que nos ofrece el material arqueológico. Pero este aspecto equívoco es solamente el resultado de nuestro limitado conocimiento del paleolítico superior, que únicamente en Europa ha sido explorado de una manera más o menos satisfactoria, como además en algunas partes de Asia anterior y en Africa mediterránea, oriental y meridional, donde, sin embargo, las culturas de lascas también prevalecen.

Siendo estas culturas de lascas las que mejor se conocen, comenzaremos nuestras explicaciones con ellas. La cuna de las culturas de lascas avanzadas estaba muy probablemente en las vastas estepas del Asia interior; es decir, que han evolucionado de las culturas de lascas antiguas, que salieron de las mismas regiones. Sus creadores, hombres de raza europeoide, aprovecharon probablemente el interstadial entre la primera y la segunda culminación de la última glaciación para emigrar hacia el Oeste. Su camino puede seguirse observando el acervo cultural de las capas cuaternarias a través de Rusia y Europa Central hasta Francia, España e Inglaterra. Otra corriente invadió el Asia Anterior y luego, desde allá, el Africa septentrional, a cuyas partes más lejanas parece haber llegado con algún atraso. Pero, en el Sahara formó un centro cultural secundario de gran importancia, fecundando Africa oriental y meridional e influyendo hacia el fin del paleolítico hasta en Europa. Una tercera rama podemos establecer en el Asia Nororiental. Esta rama se extendió a América.

TABLA III  
CRONOLOGIA DEL PALEOLITICO SUPERIOR (MIOLITICO)

Periodos Cuaternarios	CULTURAS Y HALLAZGOS					Años de culminación a J. C.
	Europa	Africa del Norte	Africa Central	América del Norte	América Central y del Sur	
Glacial IV/1	Paleolítico inferior			Paleolítico inferior?		± 113.000
Interstadial 1		↓	↓			± 75.000
Glacial IV/2	Aurignaciense I - IV	?	?	?		± 70.000
		↑	↑			
Interstadial 2	Aurignaciense V - VI Protosolutrense	Proto- capsiense	Tumbiense inferior (Djokociense)	Sandia ↓		± 40.000
Glacial IV/3	Solutrense Magdaleniense I - IV	Capsiense típico	Tumbiense medio (Lupemiense)	?		± 26.000
Tardioglacial	Magdaleniense V - VI			↑	Arroyo de Observación? Tepexpan	18.000 —
						5.800
Postglacial	Asiliense Tardenoiense	Capsiense tardío	Tumbiense superior (Tshitoliense)	Cochise Yuma	Lagoa Santa? Sambaquis arcáicos de Brasil?	5.800 —
	Kunda-Magle- mosiense				Período I de Patagonia meridional	2.500

Es natural que sepamos más de la rama que se desplegó en el suelo de Europa central y occidental, donde empezó la indagación hace ya más de cien años. Su evolución se articula en cuatro grandes etapas, denominadas según yacimientos franceses: el Aurignaciense, el Solutrense, el Magdaleniense y el Azi-liense; este último ya epipaleolítico, es decir una etapa de decadencia y transición al neolítico. Como ya he subrayado, su portador fué el antecesor del hombre europeo. Era todavía cazador y recolector, pero provisto ahora de armas e instrumentos de perfecta elaboración, de nuevas costumbres y creencias, artista excelente; y testimoniado por su arte, un hombre de una alta capacidad mental. Su caza la formaban los innumerables bisontes, uros, renos, équidos, mamuts, rinocerontes, jabalíes y otros animales que poblaban en aquel entonces las estepas y tundras de Europa. En lo esencial vivía de carne. Sin duda comprendía de modo perfecto la construcción de trampas.

En vista de las condiciones del clima glacial, no nos extraña que el europeo de aquellos tiempos habitara con preferencia las cuevas aprovechadas sobre todo durante el invierno. Pero también conocemos muchos campamentos al aire libre. Este término en su uso científico no quiere expresar otra cosa que la estación respectiva no se halla en una cueva, pero de ningún modo, que se trató de una vivienda sin techo protector. La investigación más exacta de algunos de estos yacimientos, especialmente en Rusia, ha revelado que la casa semi-subterránea, difundida por tan grandes espacios aún hoy en día, ya fué construida en aquellos tiempos, con plano redondo o cuadrangular, con paredes oblicuas o verticales, a veces también con fundamentos redondeados con grandes piedras. Parece que en muchas partes el cazador del paleolítico superior no era un perfecto nómada, sino que vivía de vez en cuando durante largo tiempo en cuevas, o en verdaderas casas y tiendas.

La industria lítica de la cultura de lascas del paleolítico superior se distingue por muchísimos elementos de la cultura anterior. En general no es difícil diferenciar entre inventarios de los dos períodos paleolíticos principales. La reducción del tamaño, la finura del trabajo, la especialización de las formas,

significan el enorme progreso. Las lascas pétreas del paleolítico superior son esbeltas y delgadas, producidas mediante una técnica especial, elaboradas mediante retoques marginales. De ellas se producían varios elegantes utensilios como ser cuchillos, raederas, raspadores, puntas de lanzas y de puñales, buriles, perforadores, sierras, punzones, anzuelos, etc. Faltan las hachas y rompe-cabezas. Como armas principales para la caza y la pugna servían sin duda lanzas y dardos. Se propulsaba a los dardos con la estólica, un arma muy difundida entre los indígenas recientes de América, mediante la cual es posible lanzar al proyectil con una fuerza mucho mayor. Fué fabricado usualmente de madera, pero se han conservado sólo las piezas de hueso.

Con eso ya hemos abarcado el tema de la industria ósea de estas culturas. El paleolítico inferior producía, como hemos visto, instrumentos óseos, pero de un carácter muy rudimentario. El paleolítico superior, en cambio, se destaca por sus hermosos artefactos de hueso, cuya perfección se alza cada vez más, culminando durante el Magdaleniense, disminuyendo en el Azi-liense, período de descomposición. Estos instrumentos se destacan por una técnica nueva, el pulimento, que se observa en los objetos óseos de los tiempos anteriores casi solamente como resultado del uso continuo. En el Aurignaciense aparecen ante todo puntas de lanza, cuyas formas se multiplican en el Magdaleniense. La industria de esta última cultura produce grandes cantidades de utensilios óseos de variadas clases: en primer lugar puntas de lanza y harpones, además puñales, punzones, agujas perforadas, espátulas, cinceles, raederas, mangos y muchos otros objetos a menudo de uso dudoso. Una atención especial merecen las astas de ciervo o de reno, trabajadas y perforadas. Existe un tipo muy característico, con una gran perforación hacia el extremo más largo del asta; estos objetos poseen corrientemente decoraciones grabadas. La ornamentación consiste en signos esquemáticos o figuras naturalistas, generalmente representaciones de caballos o de renos, pero también de peces, serpientes, hombres etc. Este hecho atestigua que se trata

de un instrumento de especial significado, y se lo llama por esta razón "bastón de mando". Pero el verdadero sentido de estos bastones nos conduce probablemente hacia el terreno de la vida espiritual del hombre del paleolítico superior; puede presumirse que fueron utensilios mágicos, tal vez bastones de los shamanes. Que ya existía la magia y el shamanismo en el paleolítico superior queda comprobado por el arte, sobre el cual hablaremos más adelante.

Las agujas del Aurignaciense son todavía algo toscas, pero en el Magdaleniense llegan a ser tan finas como las modernas agujas de acero. Nos enseñan además, que no solamente ya se cosía mucho en el paleolítico superior, sino que se lo hacía de modo elegante, con la pretensión de hacer trabajo hermoso. Se utilizaban naturalmente como materiales tendones, cabellos, cueros o piel. Sabemos poco acerca de los vestidos, pero en las obras de arte de este período podemos reconocer algunos; hay, por ejemplo, una imagen de un hombre que viste un cinturón, otra de una mujer con un curioso mandil trasero. En una tumba excavada en una de las cuevas de Mentone se hallaron los restos de dos niños que llevaban una faldilla compuesta de caracoles marinos.

Las figuras nos dicen también algo sobre los adornos corporales y el tocado del europeo de aquel entonces. La cabeza de una estatuita de Willendorf, en Austria, parece ataviada con trenzas apretadamente tejidas. Una cabecita de Brassempouy muestra un peinado de cabellos largos. En algunas cabezas de hombre podía observarse la representación de la barba. En las capas arqueológicas han sido hallados además muchos objetos de atavío. Se trata de cuentas de piedra y hueso, conchas y dientes perforados, que formaban collares; en el Magdaleniense aparecen varias cosas especiales, como varillas de hueso decoradas con motivos en espiral, chatos relieves de cabezas animales, láminas óseas con grabados, llevadas como pendientes. Seguramente tenían muchos de estos objetos un sentido mágico. Eso acerta p. e. claramente en el caso de pendientes, que evidentemente imitan los grandes zumbidores de madera, que sirven hasta ahora en las ceremonias mágicas de los Australianos

y Americanos. Tampoco faltaron instrumentos musicales de viento; conocemos pequeños silbatos y flautas de hueso.

Tenemos que subrayar, que entre los artefactos del paleolítico superior europeo hay un grupo, que se aleja decididamente de lo acostumbrado. La aparición de estos artefactos empieza ya en el Aurignaciense; su apogeo coincide con el Solutrense; en el Magdaleniense sobreviven de una manera más o menos manifiesta. El tipo más esparcido es la famosa punta hoja de laurel, objeto de pedernal, confeccionado mediante una técnica absolutamente diferente de la de los demás instrumentos del paleolítico superior. En lugar del usual tallado marginal unilateral, muestra este tipo un cuidadoso retoque por presión sobre ambas superficies, lográndose así una semejanza sorprendente con las hojas del Acheulense tardío. Pero es aún más perfecta que éstas y puede alcanzar una longitud de unos 30 cm. En los dos casos, la mezcla entre las culturas de lascas y del hacha de mano, una vez del paleolítico inferior, otra vez del paleolítico superior, ha producido la formación del mismo tipo, sin contacto inmediato entre ellos. Volveremos más tarde a hablar con más detención sobre las culturas del hacha de mano del paleolítico superior. Por ahora queremos contentarnos estableciendo el hecho, que esta corriente cultural, llamada la oleada Solutrense, se mueve claramente de Este a Oeste. Su clara manifestación más temprana comienza en el Protosolutrense y Predmostiense de Hungría y Moravia; en Francia y España en cambio hallamos solamente el Solutrense clásico. Se intercala allá entre el Aurignaciense y el Magdaleniense como una cuña de influencias orientales. Los flancos de la región europea occidental, Italia e Inglaterra, quedaron libres de estos elementos. En el Este de Europa Central, en cambio se despliega mucho más intensivo que en Francia y España. Especialmente en Moravia, varios objetos llaman nuestra atención, siendo en Europa Occidental absolutamente desconocidos. Hay allá grandes discos perforados de arenisca, que pueden ser pomos de rompe-cabezas o pesos de palos de cavar. En Moravia se hallan enormes clavos en forma de remos, fabricadas de homóplatos de mamut, largas hachas de hueso confeccionadas de las costillas de grandes mamíferos y muchos otros objetos y especial-

mente obras de un estilo refinado de arte geométrico-ornamental, que se distingue por completo del arte naturalista normal del paleolítico superior europeo. También acerca de esto hablaremos luego más detenidamente.

Por de pronto debemos todavía dirigir una mirada hacia las otras culturas de lascas del paleolítico superior, las cuales florecieron en los continentes extra-europeos. Dije, que una corriente de la cultura de lascas se había dirigido hacia Africa. Aquí tropezó con fuertes elementos del paleolítico inferior, a los cuales no fué capaz de eliminar enteramente, como sucedió en Europa. Entre estas culturas se encontraban aparentemente no sólo derivaciones del Acheulense y del Musteriense, sino un residuo de aún mayor antigüedad, es decir una capa de pigmeos con cultura de madera y hueso del tipo que sobrevive hasta ahora en Africa central. Este hecho explica probablemente la evolución particular de las culturas de lascas en Africa. Pues en base a estas condiciones se formaron allá sin duda tribus mezcladas, inclinándose unas hacia las razas de estatura normal, otras hacia las razas pigmeas. Es probable, que la susodicha raza de Grimaldi no sea otra cosa que el resultado de semejante mezcla. Seguramente el origen de los Bosquimanos, que no son pigmeos auténticos, sino sólo pigmoides, debe ser buscado en estos procesos de mezclas. Las relaciones entre la raza de Grimaldi y los Bosquimanos son sugeridas por estatuillas esteatopigias de la misma gruta de Grimaldi. Hoy sabemos, que Africa meridional, en cuyos desiertos sobreviven los Bosquimanos, no es su verdadera cuna, sino que han invadido paso a paso esta región atravesando el Africa oriental, donde aún hasta la fecha se hallan sus residuos. Su lugar de procedencia fué Africa del Norte, es decir el Sáhara, que en aquel entonces aún no era el terrible desierto de hoy. Estos Bosquimanos antiguos tenían una estatura más elevada que los modernos y no fueron tan miserables; su arte muestra estrechas relaciones con el arte paleolítico sahariano y de la España levantina; su industria lítica deriva claramente de la última fase de las culturas de lascas del Africa septentrional, entre las cuales es más conocido el Capsiense de Tunez y Argelia. La característica más mar-

cada de las mismas es su tendencia a una disminución extraordinaria de los instrumentos silíceos y a la elaboración de formas geométricas con trapecios, medialunas, triángulos regulares e irregulares. Interés particular merecen los trapecios, que no son otra cosa que puntas de flecha de corte transversal. Este tipo pone fuera de duda, que el arco, arma preferida de los pigmeos, ya era conocido en Africa durante el paleolítico superior. Las



FIG. 2  
Arqueros con arcos reflejos y ciervos. Pintura parietal de Alpera, arte de la España levantina.

pinturas rupestres de la España levantina nos instruyen también sobre la forma del arco: fué un arco reflejo, pero no compuesto (fig. 2). Abarcamos con esta discusión el problema de si el arco y la flecha existían en el paleolítico superior de lascas europeo, o no. Desde el fin del Aurignaciense hay unos tipos

silíceos, que podrían interpretarse como puntas de flecha, por ejemplo la punta pedunculada del tipo de Fort Robert. Pero semejantes formas no demuestran con seguridad la presencia del arco ya que podrían haber servido también de puntas de dardos, lanzados mediante la estólita. La primera prueba indiscutible para la existencia del arco en estas regiones, la su-

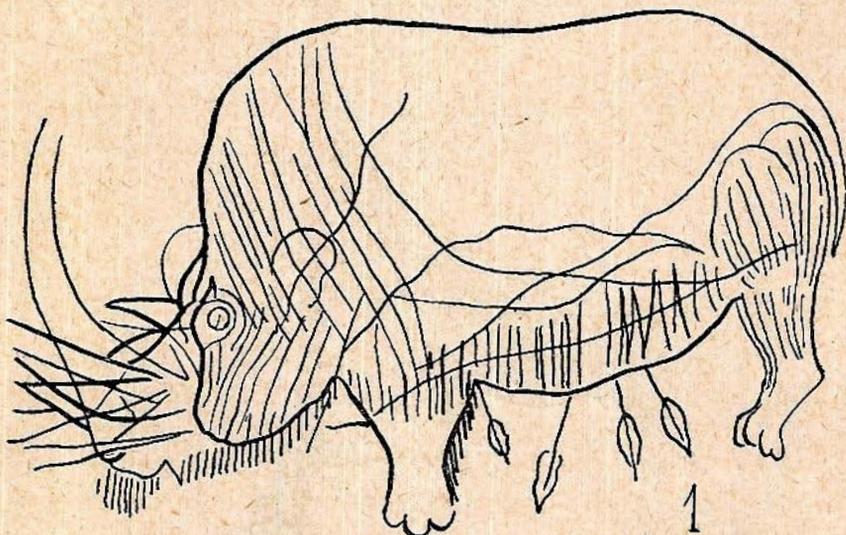


FIG. 3

Rinoceronte con flechas, grabado en un guijarro de caliza,  
Mori de Colombière, Dep. Ain, Francia.

ministra, según mis conocimientos, un dibujo en una pieza de piedra, hallada en la cueva de La Colombière en el Sudeste de Francia (fig. 3). Pertenece al Magdaleniense temprano, si no es algo más antiguo. Figura un rinoceronte, alcanzado en el vientre por unas flechas. Las flechas sobresalen con su parte basal, que se manifiesta como emplumada con una hoja de árbol como aquellas que son representadas en las pinturas del levante español. Lo que sabemos hasta ahora, nos conduce, pues, a la inducción que el arco y la flecha migraron de Africa a través de España hacia Europa occidental durante el paleolítico superior, probablemente después del Aurignaciense, y que se conoció a esta arma seguramente ya en el Magdaleniense temprano. Salió quizá de los pigmeos y pigmoides.

El paleolítico de lascas norteafricano influyó en Europa particularmente hacia el fin del paleolítico. En esta época manifiesta una fuerza de expansión extraordinaria, difundándose a través de España por grandes partes de Europa, donde forma la cultura epipaleolítica del Tardenoisense. Encontramos a esta cultura aún en Polonia y en el Cáucaso con su característica industria microlítica y formas geométricas. Siendo una cultura de cazadores primitivos, se perdió allá lentamente en el neolítico. En Africa tuvo mucho más suerte; como ya he indicado, migró a través del Africa oriental al Sur del continente, donde la hallamos aún mucho más tarde en manos de los Bosquimanos. Pero no todos los portadores de esta cultura eran pigmoides. Los esqueletos hallados en las cuevas del Africa oriental comprueban, que también hombres de estatura normal estaban en posesión de culturas microlíticas. El hecho más sorprendente es, sin embargo, que estos esqueletos no tienen nada que ver con los negros, pero que representan a tipos europoides. Lo mismo vale para los hallazgos de hombres fósiles en el Africa del Sur, entre los cuales faltan totalmente verdaderos tipos negros, que evidentemente llegaron más tarde a estas regiones; su foco de evolución fué posiblemente la cuenca del Congo.

De un interés especial para nosotros es la rama noraasiática de la cultura de lascas, pues se trasladó hacia América. No sabemos mucho sobre ella, pero de todos modos lo bastante como para poder decir, que hacia el fin de la última helada florecía una cultura en las cercanías del lago de Baikal, que se destacó por rasgos semejantes al Solutrense y Magdaleniense europeos. También allá se encuentran las hojas de laurel con retoque bifacial y varias otras particularidades que se apartan del auténtico carácter de las culturas de lascas. Se trata, pues, de una mezcla entre los dos complejos paleolíticos superiores iguales que dieron origen al Solutrense y Magdaleniense sin que podría pensarse en un contacto directo.

Una de las más antiguas oleadas culturales que alcanzaron América del Norte hacia el fin del cuaternario, está representada por los hallazgos en la capa arqueológica más in-

ferior de la Cueva de Sandía en Nuevo México. Se trata de una cultura que parece íntimamente relacionada con aquella del Lago de Baikal. Llegó, posiblemente, durante el segundo interstadial de la última glaciación, hace unos 40.000 años, si los cálculos respectivos son exactos. El tipo más característico es una punta con retoque bifacial, muy semejante a las hojas solutrenses. No debemos olvidar, que la investigación del paleolítico en América del Norte se encuentra todavía en pañales, debido a la testarudez de Hrdlička, de manera que se pueden esperar nuevos descubrimientos, que aumenten el material de esta etapa. Mucho más sabemos acerca de un complejo algo más reciente, la cultura de Folsom. También los primeros testimonios de esta cultura llegaron a la luz del día en Nuevo México, pero su centro se extendía mucho más lejos y abarca también Colorado, y Arizona, hallándose puntas aisladas del tipo de Folsom a lo largo de todo el borde oriental de la Montaña Rocosa, en Canadá y hasta en Alaska, además en la California meridional. El artefacto típico de esta cultura es una punta de lanza con una canaleta mediana sobre ambas caras, y bordes bien retocados. La base es cóncava. Es un tipo hasta ahora desconocido en el Viejo Mundo y por lo tanto probablemente una creación original de América, naturalmente en base de incitaciones asiáticas. Al lado de esta punta aparecen en la cultura de Folsom cuchillos, raederas, perforadores de pedernal, punzones y leznas de hueso, percutores y alisadores de piedra común. El más elegante producto del paleolítico americano es la punta del tipo Yuma, tallada de manera finísima sobre toda la superficie de ambas caras, de base derecha o cóncava y a veces provista de escotaduras basales, que forman un ancho pedicelo. Aún no es posible establecer una conexión segura de estos y otros grupos culturales del paleolítico, como la cultura de Cochise, con la evolución más tardía, es decir con los indios históricos y protohistóricos, pero seguramente se conseguirá hacerlo. En Tepexpam, cerca de la ciudad de México, fué desenterrado hace poco un esqueleto que pertenece al extremo fin del cuaternario. Comprueba, que ya existía la raza indígena en aquel entonces.

Tenemos que ocuparnos todavía de los otros dos grandes círculos de cultura del paleolítico superior. En cuanto a la cultura del hacha de mano, resultó de las sólidas investigaciones realizadas durante los últimos años en el Africa central, que en estas regiones, en especial en la cuenca del Congo, se desarrolló el hacha de mano a un nivel más elevado, que puede calificarse como correspondiente a la cultura de lascas evolucionada. Aparecen en este conjunto verdaderas hachas, de forma alargada y corte bien arqueado, naturalmente derivadas del hacha de mano primitiva; puntas en forma de hoja, a veces con bordes lobulados como la hoja de roble, y muchos otros tipos, como la punta de flecha pedunculada del tipo ateriense. Hacia el fin de esta evolución ocurren hasta hachas con el corte pulimentado, probablemente ya bajo influencias neolíticas. La explicación de todos estos procesos evolutivos es aún tarea para estudios futuros. Lo que deseo subrayar aquí es otro punto. Es un hecho de importancia sobresaliente para la visión sobre las grandes conexiones intercontinentales, que una evolución similar tuvo lugar en Indochina y el archipiélago malayo, tal vez también en India. Podemos suponer, que al gran arco tropical de las culturas del hacha de mano del paleolítico inferior corresponda una área idéntica del paleolítico superior. Esta suposición explicaría también las condiciones raciales, es decir el hecho que en Africa y en Asia sudoriental existían dos razas semejantes, a saber el negro africano y el melanesio.

Desearíamos saber, mucho más, acerca del contenido de este círculo de cultura. Pero por un lado estamos sólo en el principio de la exploración arqueológica de la zona tropical, por el otro está el hecho de que las condiciones en la floresta virgen tropical son extremadamente desfavorables a la conservación de huesos, pinturas, etc. Faltan también hasta ahora hallazgos de sepulturas, con excepción de las encontradas en la Indochina, donde la raza melanesia está conectada con esta cultura. No obstante hay un camino para revelar mucho de la esencia de la cultura del hacha de mano del paleolítico superior. Ya he hecho ciertas indicaciones sobre este asunto en oportunidad de nuestras explicaciones con respecto a las facies

orientales del paleolítico superior de Europa. Dijimos, que en Hungría y Moravia puede sentirse la influencia de una cultura extranjera, identificable con una cultura del hacha de mano avanzada, aportada tal vez por elementos melanesoides. Este concepto nos permite atribuir a la cultura del hacha de mano aquellos elementos culturales del Solutrense y del Protosolutrense, que son heterogéneos en el cuadro del paleolítico de las cascas. Se trata en primer lugar del retoque bifacial sobre toda la superficie de las hachas de mano degeneradas y de las puntas hoja de laurel, de las hechas de hueso, discos perforados, mazas remiformes y del arte esquemático. Es sabido, que el arte geométrico ornamental en el mundo entero pertenece a las características de culturas de plantadores, mientras que los cazadores cultivan siempre un arte más o menos naturalista. También el culto de cabezas y el canibalismo son aspectos culturales del estado plantador. Cuando vemos que tales costumbres se introducen en Europa desde el Protosolutrense, se impone la conclusión de que la oleada extranjera oriental perceptible durante esta fase y después, tiene la responsabilidad de estas novedades y salió de un foco plantador. Las condiciones climatológicas impidieron naturalmente la aceptación de la propia agricultura en Europa.

Es muy probable, que la cultura del hacha de mano ha invadido también a América. Las hachas de mano de Trenton en el Este de los EE. UU. discutidas desde hace mucho tiempo, se vinculan posiblemente con una corriente respectiva, y también la fase arcaica de los sambaquis brasileños, estudiados excelentemente por Serrano, y ciertas hachas de mano argentinas, deberían colocarse en este gran conjunto, lo que explicaría también la ocurrencia de la raza melanesioide de los Láguidos, como los llama Imbelloni, en América.

Falta hablar acerca de la cultura del hueso del paleolítico superior. No sabemos nada de sus etapas más antiguas, es decir de aquellas fases de su vida, que corresponden al Aurignaciense y Solutrense europeos. Se ha formado en el mismo espacio neourasiático que la del paleolítico antiguo, y este hecho sugiere la suposición de que se origina en la misma. Usando escasa-

mente la piedra, se distingue por el empleo muy extensivo del hueso y naturalmente de la madera. Abundan los harpones de diferentes clases. Un tipo muy característico es el harpón de una sola barba, faltando este completamente en el Magdaleniense. Son frecuentes también, las puntas de flechas óseas de formas muy variadas o similares a harpones, o fusiformes, y casi siempre provistas de pedúnculos. En contraste con la cultura de lascas, la cultura del hueso conocía al arco y la flecha desde un principio. Estas tribus vivían en primer lugar en base a la pesca y la caza. Hallazgos en las turberas de Finlandia y Escandinavia comprueban, que conocían el trineo y probablemente también la raqueta para andar sobre la nieve. También el ski ya hizo su aparición en estos países, como atestiguan los hallazgos, antes del comienzo del neolítico. De trascendencia singular es al fin el hecho, que el animal doméstico más antiguo, el perro aparece dentro del cuadro de este complejo. Justifica la teoría, que la domesticación salió de las tribus de la cultura del hueso.

Debemos buscar su centro de evolución en Rusia y en la Siberia subárticas, no olvidando que en el tiempo de la última glaciación las zonas climáticas se desplazaban más al Sur. En la fase postglacial, es decir desde unos siete o seis milenios antes de J. C., la cultura del hueso invadió al Asia nororiental y, en épocas bastante avanzadas, tal vez también neolitizadas, América. Se debe contar en América con migraciones y formaciones culturales muy complicadas en el lapso del tiempo hacia el fin del cuaternario y el comienzo de la actualidad geológica. En general, no pueden ser imaginados lo bastante intrincados los procesos en los cuales se funda la construcción y la estructura de la civilización humana. Nuestros trabajos para desembrollarlas conducirán siempre sólo a un cuadro esquemático.

Posiblemente debe el indígena americano su carácter racial, determinado por una fuerte intromisión de elementos mongoloides, en primer lugar a estas oleadas tardías. Pero es una cuestión bastante intrincada, que necesita aún mucho estudio.

### III

#### *La vida espiritual en el paleolítico reciente*

La enorme cantidad de datos, de los cuales disponemos con respecto a la vida espiritual del hombre del paleolítico superior, suele causar una gran sorpresa al lego, particularmente en lo que se refiere al arte paleolítico de la Europa occidental. Ella es, en realidad, tan extraordinaria, que la ciencia se ha resistido durante mucho tiempo a reconocer la antigüedad de estas obras. Pero al fin venció el peso de los hechos. Un sinnúmero de pequeñas obras de arte, consistente de grabados y tallas en hueso y en piedra han sido excavados en estratos geológicos indudablemente cuaternarios. También las pinturas y grabados en las paredes de las cuevas son fechados con exactitud, gracias a diferentes circunstancias. Muy frecuentemente representan a animales extinguidos, o por lo menos desaparecidos de las regiones respectivas desde el final del cuaternario, como el rinoceronte, el mamut, el reno, el caballo salvaje, el león de caverna, el antílope saiga, y muchos otros. Hay grutas, cuya entrada ya fué cerrada durante la última glaciación por la sedimentación, de manera que todas las huellas de la vida humana que encierran, deben pertenecer al cuaternario. En algunos casos, las capas arqueológicas cubren los dibujos que se encuentran en las paredes, prueba clara que estos son anteriores. Es imposible, pues, dudar de la edad paleolítica del arte parietal de las cuevas. Sólo acerca de un grupo hay todavía discusiones, a saber sobre las pinturas rupestres de la España levantina, ya mencionadas varias veces. La moderna escuela de los especialistas españoles se inclina a la opinión que las pinturas levantinas, que se apartan estilísticamente de

las otras, no comienzan antes del epipaleolítico, es decir alrededor de los 657.000 años a.J.C. y continúan aún durante el neolítico. Yo no puedo consentir esta teoría. En mi opinión es muy probable, que el llamado arte levantino haya empezado más tarde que el de la Europa occidental, pero de todos modos ya durante el paleolítico superior, aproximadamente en el tiempo de Solutrense, y se encontraba en plena decadencia durante el neolítico.

Con esto ya hemos indicado, que el arte del paleolítico no es una creación absolutamente unitaria, sino que se articula en grupos. En efecto podemos distinguir tres grandes círculos en el arte del paleolítico superior: el círculo europeo occidental, el círculo español levantino y el círculo europeo oriental.

El grupo que conocemos mejor es el primero; el europeo occidental, que es documentado grandiosamente, desde su principio en el Aurignaciense hasta el fin del Magdaleniense. Abarca obras de distinta índole: 1) pequeñas piezas plásticas redondas en hueso o piedra, 2) pequeños relieves y grabados, generalmente aplicados a instrumentos o adornos óseos, 3) pinturas y grabados de tamaños diferentes en las paredes de las cuevas, y 4) finalmente grandes esculturas redondas y en relieve en piedra o arcilla. El estudio de estas manifestaciones del sentimiento artístico del hombre paleolítico nos abrirá además el camino hacia la comprensión de muchas intimidades de su vida espiritual, especialmente de su concepto mágico del mundo.

1) Las obras plásticas redondas ya consiguen una alta perfección en el Aurignaciense medio. No conocemos, por desgracia, las etapas más primitivas de este género de obras artísticas, consistiendo, probablemente, en tallas de madera. La excelencia de los trabajos más antiguos que poseemos, comprueba la existencia de una tradición artística muy larga. Entre las producciones más magníficas de este período temprano contamos con las figuritas de marfil halladas en la Cueva de Vogelherd en Württemberg, representando a caballos salvajes, mamuts, leones de caverna, de un estilo notabelmente naturalista.

También el extendido campamento del Aurignaciense tardío en Dolni Vistonice en Moravia nos ha rendido estatuillas de animales. Estas figuras son aún más naturalistas y se destacan por una peculiaridad muy notable: son confeccionadas de una masa plástica compuesta de arcilla y carbón de huesos. Nos encontramos al parecer, con estos trabajos, frente a los primeros ensayos de la técnica cerámica, y aunque no han llegado a fabricar vasos, es un hecho instructivo, ya que sugiere la idea de que el punto de salida de la alfarería no debe ser buscado en el campo de los utensilios, es decir material sino en el campo espiritual, en lo religioso y artístico; un aspecto que se repite muchas veces en la historia del progreso cultural.

Las pequeñas esculturas de animales del tipo descrito, son relativamente raras y es curioso que se limiten a la Europa Central. Otro grupo de estatuillas, sin embargo, tiene una difusión exorbitante. Son aquellas de mujeres obesas, midiendo entre 3 y 26 cm., llamadas "Estatuillas de Venus". Esta denominación no es irónica. Las ideas acerca de la belleza son sujetas a muchos cambios, no solamente individuales, sino también con respecto a tiempos y pueblos. Es notorio, que se considera a la hermosura de las mujeres conforme al número de kilos que pesan, hasta hoy en día en muchas regiones de Africa. Probablemente el hombre del paleolítico acató un similar ideal de hermosura. Detrás de este hecho, sin embargo, se esconde un problema mucho mayor, justificando aún más el título de "Venus" para aquellas obras artísticas. La diosa Venus o Afrodita de los antiguos no era, originariamente, la diosa de la hermosura, sino la de la fecundidad y maternidad. Su existencia es el resultado de conceptos religiosos y mitológicos de remotísima antigüedad, en cuyo centro se halla una diosa maternal, la gran madre de la tierra, una creación de las culturas plantadoras más antiguas. Es probablemente esta diosa primitiva, cuyo culto nos atestiguan las estatuillas paleolíticas.

Pero no solamente su importancia desde el punto de vista religioso, también sus calidades artísticas merecen nuestra especial atención. Las estatuillas de Venus más antiguas derivan del Aurignaciense medio, las últimas del Aurignaciense

final. Las estatuillas anteriores tienen un carácter fuertemente naturalista, como por ejemplo un tesoro de marfil, procedente de Brassempouy en la Francia suroccidental, que muestra una forma que correspondería al mismo sentido moderno. En el Aurignaciense superior en cambio, se difunde una tendencia hacia la esquematización. La Venus de Willendorf en Aus-



FIG. 4  
Venus de Dolni Vistonice  
(Moravia)

tria (Fig. 5a) por ejemplo, se destaca por muchos rasgos convencionales, por más acentuado que sea su realismo en otro aspecto. Es significativo para este rumbo del desarrollo estilístico la reducción de las extremidades, la formación globular de la cabeza, la falta de la cara, la tendencia general de formar el cuerpo mediante elementos esféricos. Un carácter similar podemos observar en la estatuilla de Dolni Vistonice en Moravia (Fig. 4), ejecutada en material plástico, aquellas de las Grutas de Grimaldi, talladas en esteatite, y en muchas otras. La estatuilla más avanzada en el sentido de esquematización, es el ejemplar probablemente más reciente de Lespugue en la Dordoña (Fig. 5b). Renuncia casi totalmente a las intenciones imitativas y descompone al cuerpo humano, transformándolo en elementos ovalados y globiformes. En cuanto a la posibilidad de cambiar un motivo de la naturaleza hasta formar una figura geométrica, esta obra cumple con la tarea. Se aparta mucho,

también en otros aspectos, de sus antecesores. Estos tienen un carácter macizo. Si se construye el esquema de sus líneas fundamentales, en las cuales se basan sus formas, se nota que son exclusivamente verticales y horizontales; muestran una estructura tectónica (Fig. 5a). Lo contrario es el caso de la Venus de Lespugue; se destaca por la marcada tendencia de

aflojar y aligerar el bloque; el tórax de esta estatuita ha llegado a ser chato en contraste con el de las figuras antiguas visiblemente voluminoso. Como única, entre todas las estatuitas de Venus, muestra aberturas entre el cuerpo y los brazos. El

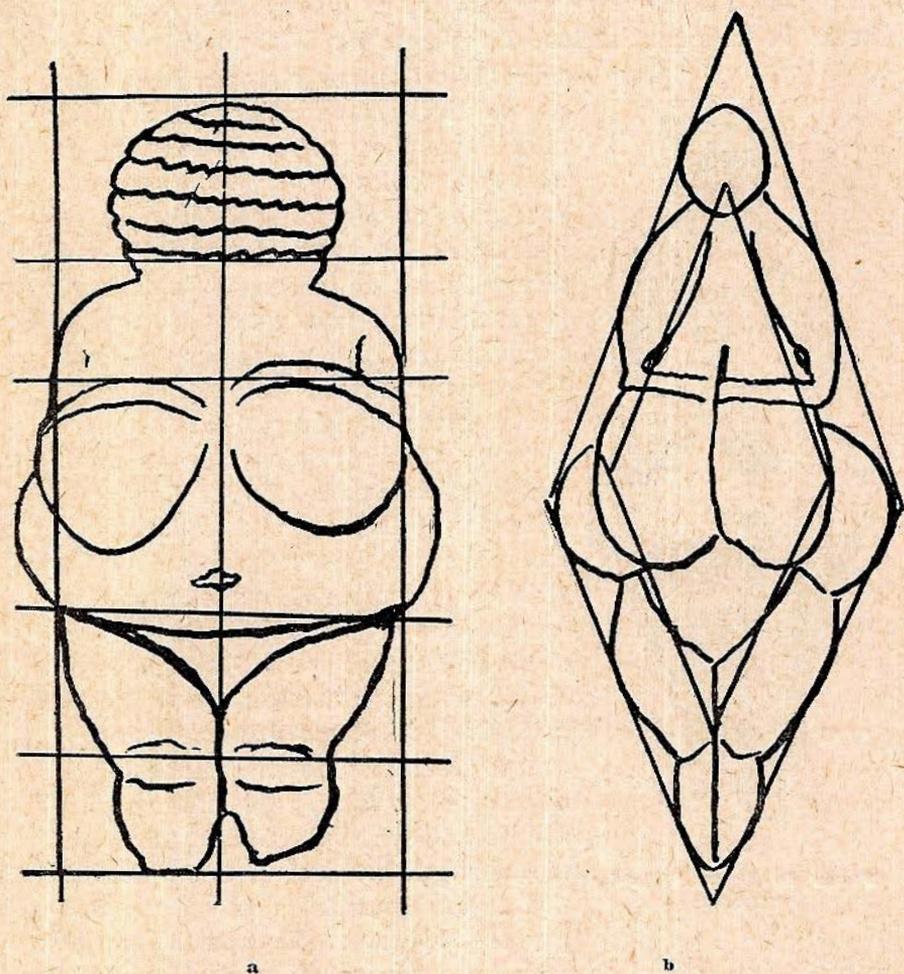


FIG. 5  
El andamio de líneas de las estatuitas de Willendorf (Baja Austria)  
y Lespugue (Dordoña).

andamio de las líneas básicas de esta figura es también enteramente distinto (Fig. 5b). En lugar del principio tectónico-estático del llevar y cargar, se ha puesto lo atectónico, dinámico,

expresándose por el predominio de diagonales y figuras romboidales en su estructura.

¿Cómo se ha realizado este cambio fundamental del estilo, de los medios formales y motivos de la expresión artística?



FIG. 6

El "Hechicero" de la Cueva de los "Trois Frères" (Dep. Ariège)

Para entenderlo, debemos dirigir nuestra mirada hacia Europa central, oriental y Rusia. Ya hemos visto que nos encontramos allá con creaciones artísticas, que faltan por completo en el occidente, y que explican las intrusiones y alteraciones estilís-

ticas durante el Aurignaciense. La importante estación del Aurignaciense tardío de Predmost en Moravia nos ha dado un grabado geométrico sobre un colmillo de Mamut, que sin duda es el resultado de una esquematización extrema de la figura de una mujer obesa. La cabeza tiene la forma de un triángulo esférico, los senos y el vientre se aproximan más o menos a óvalos, los brazos y piernas tienen el carácter de franjas. Los contornos, además, son multiplicados y provistos de detalles ornamentales. Se trata, pues, de un arte que no tenía ningún interés en la imitación de la naturaleza, pero únicamente en el ornamento, en lo decorativo, en formas abstractas, transformando a tales hasta los objetos de la naturaleza viva. Esta observación es atestiguada por otros hechos. El ornamento geométrico juega un papel muy secundario en el occidente; hay pocos trabajos de calidad. En contraste con esto, derivan del suelo de Rusia meridional cosas admirables, hasta campos de meandros clásicos sin fin.

Ya hemos indicado, como puede explicarse históricamente el enorme contraste entre las dos tendencias estilísticas y su cruce en Europa. El arte naturalista es el arte de los cazadores; el arte geométrico el de los plantadores; el último procede de la cultura del hacha de mano y es subyugado paso a paso por el primero durante el transcurso del paleolítico superior, pero no sin dejar huellas permanentes.

2) Esto podemos reconocerlo al examinar las obras artísticas del Solutrense superior y del Magdaleniense. Por cierto se impone en general el sentimiento artístico de los cazadores con respecto a la manera de reproducir la naturaleza, pero la inclinación al esquematizar no se pierde y llega siempre de nuevo a la superficie. Por otra parte, vemos la victoria definitiva de la estructura atectónica, dinámica en la composición de las formas, no cediendo antes del Magdaleniense tardío. Por lo demás desaparece ahora casi por completo la pequeña escultura redonda en favor del relieve y del grabado aplicado a utensilios. Excepciones son grabados sobre rodados o placas de caliza, que representan aparentemente estudios o trabajos de principiantes, y muestran a veces correcciones de la mano de un maestro. Son testimonios muy apreciables para instruirnos de la manera

como el arte fué enseñado y aprendido en el paleolítico. Existían probablemente escuelas de artes, dirigidas tal vez por los shamanes.

Desde el punto de vista técnico, las pequeñas obras artísticas del Magdaleniense se clasifican en dos grupos principales: relieves y grabados, conectados por transiciones imperceptibles. Los hallazgos abarcan muchos millares de piezas, procedentes de centenares de yacimientos. La mayoría viene de Francia y de España; una parte menor de Europa Central. La estatuita de Venus del tipo Aurignaciense ha desaparecido. Existe sólo una escultura de figuras femeninas del Magdaleniense y esta tiene un carácter totalmente distinto al de las anteriores. Es una mujer muy delgada, con piernas proporcionadas. Por lo demás hay muchas imágenes del hombre en el arte Magdaleniense, pero, ejecutadas en técnicas gráficas prevaleciendo las de varones. Existe, además, una gran discrepancia entre la reproducción de la figura humana plástica del Aurignaciense y la grabada del Magdaleniense. En el Aurignaciense el modelo del artista fué el hombre desnudo, provisto a lo sumo de un vestido accesorio o un adorno. Las formas generales y proporciones del cuerpo fueron bien observadas, hasta en los trabajos esquematizados. En el Magdaleniense, el artista no parece interesado en reproducir los rasgos comunes de seres humanos, sino más bien en hacer caricaturas. Frente a estas imágenes grotescas puede preguntarse, si se trata sólo de grabados sumamente descuidados y sin ninguna pretensión artística, o si se oculta una idea particular tras estas obras. Unos sabios las explican por un recelo supersticioso de hacer imágenes humanas, común a muchos pueblos dominados por creencias mágicas. Los primitivos temen, que un enemigo pueda ejecutar una hechicería ofensiva mediante la imagen, perjudicando indirectamente el original. Esta explicación de las imágenes caricaturescas es tal vez exacta en ciertos casos, pero hay otras reflexiones y observaciones, que sugieren una interpretación quizá más acertada. Cierta cantidad de figuras es representada con gran esmero y permite reconocer que las figuras representan hombres disfrazados. El mejor ejemplo es el hech-

cero-bailarín de la cueva de Trois Frères, monumento magnífico del arte parietal. (Fig. 6). Un grupo de bailarines disfrazados como cabras o gamuzas se halla representado en un bastón de mando francés. Tales ejemplos sugieren la conclusión de que en otros casos menos claros debemos contar con la misma cosa.

La mayoría de las obras artísticas del hombre del paleolítico superior están colocadas en puntas de lanza, estólicas, bastones de mando y además en adornos. Entre las imágenes aparecen casi todas las especies del reino animal, con que el hombre del paleolítico estaba en contacto, en primer lugar, animales de caza, como el reno, ciervo, bisonte, uro, caballo, antílope, gamuza, cabra de monte, oso, mamut, rinoceronte, aves, peces, ranas. Frecuentemente se representan solamente partes de los mismos, con preferencia las cabezas de los mamíferos y las colas de los peces. Muy curiosa es la representación de cabezas de caballo en estado de putrefacción. Motivos vegetales aparecen sólo excepcionalmente.

3) La manifestación más grandiosa del arte del paleolítico superior la ofrecen sin duda los trabajos gráficos y plásticos sobre las paredes de las cavernas de Francia y de España. Es una cuestión abierta, porque no se hallan en Europa Central, particularmente en Moravia, donde existen tantas grutas que fueron pobladas por el hombre del paleolítico. Evidentemente no celebraba el hombre de la Europa Central aquellos rituales religiosos, una parte de los cuales integró la confección de obras artísticas; hecho tal vez causado por influencias extranjeras más fuertes, a saber del lado de la cultura del hacha de mano. Las tribus del paleolítico superior europeo estaban emparentadas, pero no idénticas, ni racial ni culturalmente.

Por su difusión regional, se dió al arte parietal del occidente europeo el nombre de arte franco-cantábrico, o más adecuadamente arte hispano-aquitano, pues se limita en Francia a las partes meridionales, más o menos a la antigua Aquitania, mientras que la encontramos en España desde la Cantabria hasta Málaga. Un yacimiento especial representa la cueva de Parpalló en Valencia, donde se hallan pinturas sobre losas sueltas de piedra. Tienen una importancia particular por dos causas; primero porque establecen una prueba incontestable para la

edad paleolítica de este arte también en el sur de España, estando vinculado con estratos solutrenses y magdalenenses; segundo por sus relaciones con las pinturas levantinas, cuya antigüedad confirman.

El arte parietal comienza con garabatos en arcilla húmeda, que se encuentran de vez en cuando en las paredes de cuevas. Consisten a menudo en simples series de rayas onduladas, trazadas con los dedos y llamadas por lo tanto "maccaroni". A veces se agrupan figuras de animales, como en la caverna de Santa Clotilde de Isabel en Cantabria. En el Aurignaciense medio y tardío aparecen trabajos de mejor calidad, accidentalmente con particularidades notables. El dibujante de figuras de animales en Pair-non-Pair en la Gironde por ejemplo, ya emprendió el riesgo de retratar a una cierva que mira hacia atrás. Es un hecho interesante, que los ensayos más antiguos y primitivos intentan representar a los animales con cuatro patas, mientras que algo más tarde los artistas prefieren limitarse a dos patas, es decir al perfil absoluto, probablemente para evitar las dificultades de perspectiva, cuyo valor vislumbraban. El realismo de las imágenes es a menudo asombroso. Son grabados o dibujos, ejecutados en rojo o negro. Los realizados en color forman el comienzo de la pintura rupestre, cuyo florecimiento coincide con el Magdaleniense.

Un elemento curioso, que aparece a través de todo el paleolítico superior, es la silueta negativa de mano, reproducida en negro o rojo, que fué polvoreada sobre la mano, puesta en la pared de la cueva. Entre ellas hay manos con dedos amputados, como si hubieran cortado algunas articulaciones. La costumbre, de reproducir las manos en tal disposición, se halla entre los primitivos actuales de Australia y América, siendo difícil averiguar su significado. La mutilación de los dedos la conocen todavía los naturales de Oceanía y Australia. Se cortan falanges como sacrificio en caso de enfermedad o muerte, para hacer favorables los poderes supernaturales. Hay mujeres que han sacrificado todos sus dedos. La costumbre parece estar relacionada con la cultura de plantadores más antigua.

El grabado y la pintura sobre las paredes de cuevas se mejoran durante el Solutrense y el Magdaleniense, siendo las

producciones cada vez más perfectas. La culminación la forman las pinturas policromas magdalenenses en muchas cuevas españolas y francesas, perteneciendo a las más famosas las de Altamira en la provincia de Santander y Font-de-Gaumé en la Dordoña. Se emplean los colores negro, rojo y amarillo en varios matices, mientras que faltan totalmente el blanco, verde y azul. A menudo se utiliza sin embargo el blanco o gris natural de las paredes de cuevas. Hay simples grabados sin color y también mezclas de grabado y pintura. El estilo es suelto, ilusionista y dinámico; la reproducción de la naturaleza estupenda, pero no faltan elementos esquemáticos. Predomina el motivo animal. Las imágenes del hombre tienen usualmente la forma grotesca ya caracterizada, pero a veces son ejecutadas con gran esmero, como el famoso hechicero de Trois Frères. Además aparecen en las paredes muchos signos esquemáticos, cuyo sentido es difícil acertar. Es posible, que los llamados "signos tectiformes" representen casas o tiendas. Otros se consideran como trampas, porque están combinados a veces con animales de caza. Junto con tales formas se encuentran signos escudiformes, claviformes, hasta algunas semejantes a escritura, sin poder decir que significan. Son seguramente abreviaturas de objetos, pero no verdadera escritura, como creen algunos entusiastas.

4) En Francia se excavaron no solamente obras del pequeño arte y gráficos rupestres, sino también unas maravillosas esculturas monumentales. Al Aurignaciense pertenecen los relieves en peñazcos de Laussel en la Dordoña, donde están representadas varias imágenes de la Venus paleolítica, que llevan en las manos grandes cuernos de bisonte (Fig. 6), y además la efigie de un joven, llamado el Efebo.

Lo mismo en rocas al aire libre, se encontraron los relieves de animales de La Roc en la Dordoña, consistiendo en representaciones de bovinos y ciervos. El más excelente ejemplo de este género de arte es el gran frisio de animales de Cap Blanc en la Dordoña, obra del Magdalenense. Las figuras son de tamaño natural y muestran tal magistral aprovechamiento del contraste entre luz y sombra, resaltando el efecto misterioso

de las imágenes, que podría pensarse en disposición intencional por sus creadores. Un documento muy sorprendente en lo que se refiere a reproducciones plásticas de animales, son las dos estatuas de arcilla de la cueva de Tuc d'Audubert, departa-

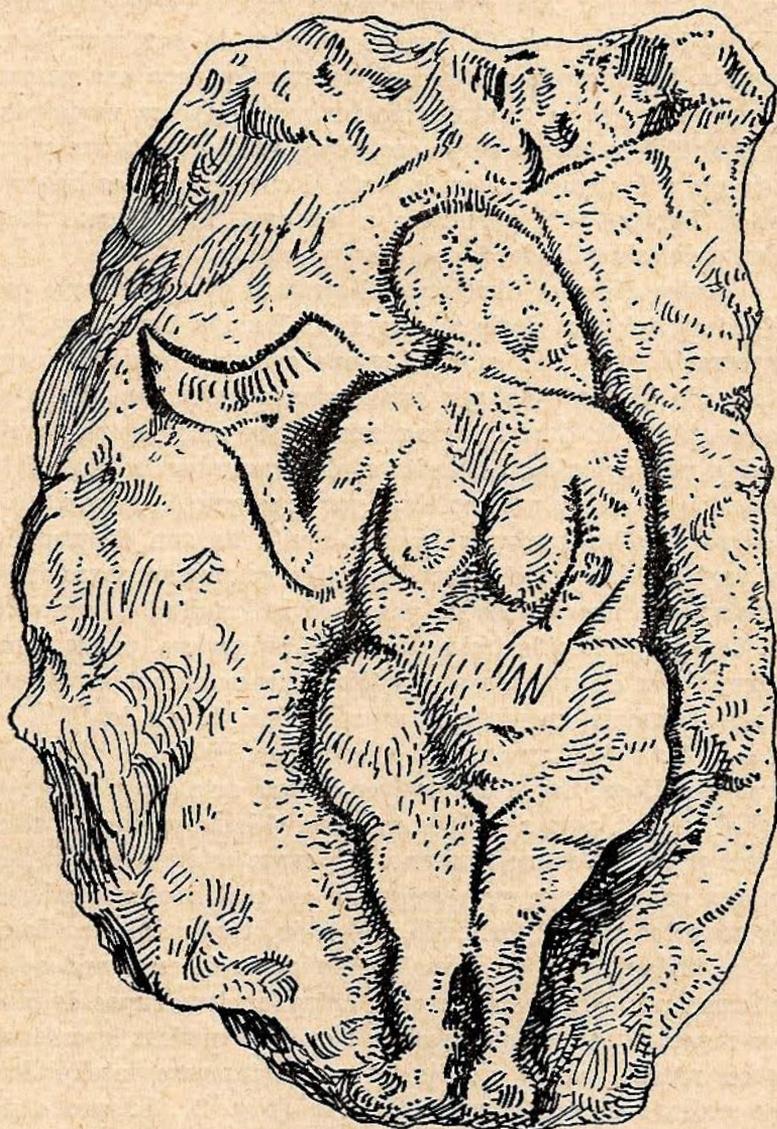


FIG. 7

Venus con cuerno, relieve de caliza, Laussel (Dordoña)

mento de Ariège. En el fondo de la gruta se encontraron, talladas en bloques de arcilla, tomados del suelo de la cueva, dos bisontes de unos 60 cms. de largo, una hembra y un macho que la sigue. Aún más importante es otro hallazgo, hecho en la cueva de Castreret. Allí se encontraron, en una parte casi inaccesible de la cueva, unas 20 figuras plásticas de osos, modelados en arcilla. La mayoría estaba mal conservada, pero una permitió averiguar que la estatuita no tenía una cabeza modelada, sino la auténtica cabeza de un oso, cuyos residuos estaban echados frente a la figura. Además tenía el cuerpo muchos huecos, como si hubiera sido perforado a lanzazos. Hablaremos más adelante del significado de todos estos hechos.

Antes debemos dirigirnos al segundo grupo del arte paleolítico superior, es decir al arte de la España Levantina. No es necesario decir más sobre el grupo oriental, habiéndolo caracterizado bastante en mis explicaciones anteriores. Pero el arte levantino de España es un asunto que merece una consideración más detenida. Se limita a pinturas sobre la superficie en abrigos de escasa profundidad, por consiguiente muy claros. Mientras que las pinturas hispano-aquitanas son de tamaño muy variable, hay en el grupo levantino solamente obras muy pequeñas, que usualmente no pasan de la longitud de unos 20 cms. Con respecto a la imitación de la naturaleza, puede comparársela con el arte hispano-aquitano, pero renuncian a menudo casi completamente a la reproducción de los detalles internos de los objetos, y dan sólo el contorno. Hasta los ojos pueden ser omitidos. Entre los motivos de este arte juega un gran papel el animal, pero a su lado también el hombre, mucho más que en el arte hispano-aquitano. Lo característico es que los hombres son siempre representados en acción o movimiento exagerado, corriendo, bailando, peleando, trepando, etc. También las imágenes de los animales participan de esta tendencia, que forma una diferencia marcada entre los dos grupos de pinturas rupestres. Otro es el hecho de que los cuadros levantinos ofrecen muchas veces complejos inmediatamente inteligibles, como escenas de combate, de cacería (Fig. 2), búsqueda de miel, bailes, etc. No es exacto si se sostiene, que el arte hispano-aquitano carecía enteramente de composiciones escénicas. Así

reproduce sin duda un pendiente hallado en la tumba de Chancelade una ceremonia de sacrificio (Fig. 8), y hay distintas imágenes de rebaños entre los grabados franceses. Particularmente preferido en el arte hispano-aquitano quedó el motivo del par de animales, siguiendo el macho ardiente a la hembra. Pero, no obstante, es verdad que el arte levantino lleva mucho más y más grandes y claras composiciones escénicas.

Sobra una pregunta: ¿qué significa el arte paleolítico?, ¿cuál es su propio sentido? En tiempos anteriores, cuando se supo un poco de estas cosas, propugnaron los tratadistas la idea, de que este arte emerge en lo esencial del instinto del juego y de la hermosura, que es una cualidad humana desde

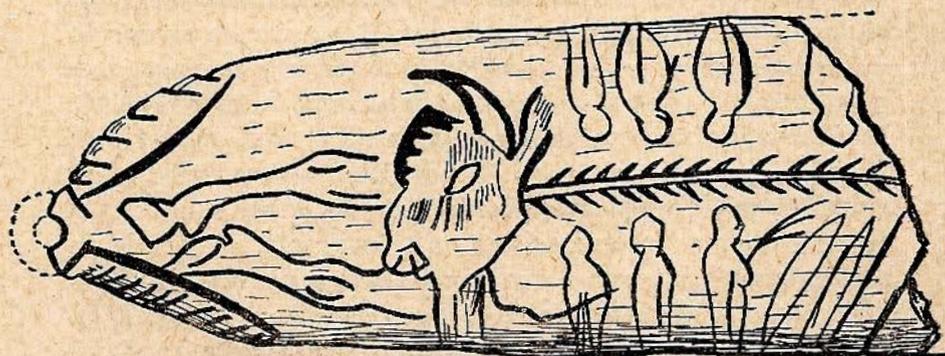


FIG. 8

Pendiente con escena de sacrificio, prov. de la tumba de la Chancelade (Dordoña).

un principio. Esta teoría, sin embargo no puede mantenerse. Por lo que se refiere a las figuras obesas de mujeres, hemos ya acentuado que seguramente correspondían al ideal de belleza del cazador paleolítico, lo que, empero, no demuestra que fueron sólo motivos eróticos el estímulo de su confección; sino puede reunirse con el pensamiento que tienen una relación al culto. Los relieves de Laussel, que muestran a las mujeres provistas de grandes cuernos (Fig. 7), ponen fuera de duda este último concepto, porque también en el culto de la Magna Mater, la grandiosa de la tierra en las culturas de los labradores del neolítico oriental y europeo, el cuerno de ganado juega un papel impor-

tante. Tal vez ya representa la figura del Efebo de Laussel al mítico compañero juvenil de las diosas Isis, Istar, Astarot, etc., todas las cuales no son otra cosa que transformaciones de la Magna Mater, de la Madre Tierra. Hemos mencionado que la cultura, de la cual salió esta religión maternal, fué plantadora. Los plantadores son también los creadores y propagadores del matriarcado, como sostiene la etnología moderna a raíz de buenas razones. Así podemos suponer, que por lo menos ciertos elementos de esta institución social ya tocaron a Europa en aquel entonces, aunque el clima había imposibilitado el cultivo de plantas.

Otro sector de la vida espiritual del paleolítico superior se aclara por el estudio de las representaciones animales en las cuevas. Las obras rupestres en el interior de cuevas no pueden explicarse como decoración de la vivienda humana, pues no se hallan en general en la parte delantera de las cuevas, donde habitaban los hombres, sino regularmente a gran distancia de la entrada, a veces en puntos de muy difícil acceso. Debe haber cumplido por lo tanto un fin especial. La investigación más detenida de las representaciones en su conjunto, nos revela su sentido propio. Si vemos que hay imágenes cubiertas con flechas, como por ejemplo las de la cueva de Niaux, Ariège (Fig. 9), recordamos que ciertos aborígenes australianos producen figuras muy semejantes con fines mágicos, para conseguir buen éxito en la caza. El caso más convincente lo ofrece la cueva de Cabreret, con sus osos alanceados. Estos testimonios permiten también la interpretación mágica de similares apariencias en el arte pequeño, por ejemplo en la estatuita de un felino de Isturitz, cuyas patas son marcadas con harpones, y justifican en general la suposición de un valor mágico de todas las imágenes de animales encima de armas y ornamentos.

Sentido mágico, podemos adjudicar también a las frecuentes representaciones de una hembra a la que sigue un macho ardiente. En este caso se trata probablemente de un hechizo de fecundidad, es decir, el propósito de la ejecución de tales trabajos era el aumento del venado. Se llama todas estas prácticas mágicas en la etnología "hechicería de analogía". En cuanto a los motivos animales, en parte podrían tam-

bién tener conexiones con ritos totémicos, pero esta cuestión espera aún su solución. En todo caso, no es una suposición imposible. La observación de impresiones de pies en unas cuevas francesas permite también la conjetura, que el arte parietal desempeñó un cierto papel en las iniciaciones de la juventud.

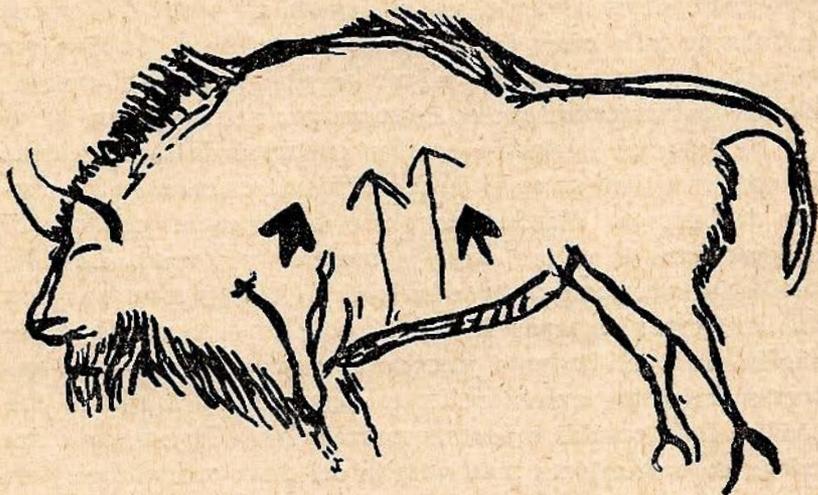


FIG. 9

Bisonte cubierto con flechas, pintura parietal de la cueva de Niaux (Dep. Ariège)

El arte nos ofrece, de este modo, muchas aclaraciones de las costumbres y creencias del hombre del paleolítico superior. Pero disponemos de más fuentes para la historia de la cultura y las ideas religiosas de este tiempo. Conocemos a un número bastante grande de tumbas del paleolítico superior de Europa y también algunos sepulcros en Africa y Asia. Ellas nos brindan notables particularidades. Usualmente se trata de enterratorios aislados, pero existen también algunos cementerios. El más grande es aquel de Predmost en Moravia, que pertenece a la cultura mezclada ya descripta. Fué una clase de enterramiento en masa, conteniendo unos veinte individuos. El sitio era bordeado de grandes huesos de mamut. Muy frecuentemente puede observarse una coloración roja de los esqueletos sepultados mediante ocre.

Falta en el paleolítico en absoluto la cremación, que no hace su aparición antes del neolítico. Pero sí se halla la inhumación en cuclillas, es decir en una posición del cadáver tan comprimida que las rodillas tocan el mentón. Esta posición hace presumir que el difunto fuera encadenado, seguramente con el fin de evitar que vuelva. El miedo de los muertos, la idea del cadáver viviente, ya ha jugado un papel. Tal vez se trataba en tales casos de personas importantes y temidos, por ejemplo los shamanes. Lo mismo es posiblemente el caso de algunos enterratorios que se destacan por su rico ajuar.

Desde el Solutrense ocurren entierros de cabezas solas. El caso más famoso es el de dos nidos de cráneos en las cuevas de Ofnet en Württemberg; uno de las cuales contiene 27 cabezas, otro 6, en su mayoría mujeres y jóvenes. Las dos vértebras superiores están todavía en su lugar y muestran huellas del corte; las tapas de los cráneos llevan signos de vulneración. Todo el conjunto permite la suposición que estos enterramientos tan extraños tienen alguna relación con la costumbre de la caza de cabezas, esparcida hasta hoy en día entre tribus de agricultores matriarcales del Asia sudoriental y de la América del Sud. Los autores antiguos nos enseñan, que también los Ligures, pobladores prehistóricos de la Francia sudoriental y de la llanura del Po, fueron cazadores de cabezas. Las sepulturas de cabezas de Ofnet ya pertenecen al epipaleolítico. Los enterramientos de cabezas más antiguos abarcan siempre solamente una cabeza y no son, necesariamente, testimonios de la caza de cabezas, sino del simple culto de cabeza, que es característico de los plantadores primitivos. Lo mismo vale para los vasos, fabricados de tapas de cráneos humanos, y particularmente para el canibalismo, costumbre muy difundida en el paleolítico superior. Todas estas costumbres tienen un fondo mágico-religioso y están conectados por un lado con el animismo y la creencia en espíritus, ideas religiosas que nublan paso a paso el monoteísmo primordial, por el otro con la convicción mágica, que comiendo la carne o bebiendo la sangre de otro hombre, se transmiten las virtudes de éste a aquel que goza de ellos. La caza de cabezas, y los sacrificios humanos, realizados notablemente en relación con ritos má-

gicos de fecundidad, representan etapas posteriores de esta decadencia de la religión, que nos revela también claramente el material etnológico.

Con esto llegamos, en el fin de nuestras explicaciones, a un concepto filosófico de la historia cultural, que tal vez no les gusta a aquéllos, que creen en un progreso continuo de la humanidad. No cabe duda, que en lo que se refiere a la técnica, a la civilización externa, la humanidad evolucionó y evoluciona en el sentido de ascenso. Pero esto no vale para la vida espiritual, por lo menos en los ojos de los que contemplan la cultura del alma como el alma de la cultura. Ellos podrían preguntarse, si el hombre más primitivo, el hombre del paleolítico antiguo, el hombre que vivía en condiciones materiales e intelectuales de extrema sencillez, pero naturales y sanas, no fué más contento con sí mismo, más feliz y más vecino de Dios que el hombre de las culturas más avanzadas.

## SELECCION BIBLIOGRAFICA

## COMPENDIOS GENERALES.

- BOAS F., *General Anthropology*. Madison, 1944. (Contribuciones de muchos autores).
- IMBELLONI J., *Epítome de Culturología*. Buenos Aires, (1936).
- MACCURDY G. G., *Early Man*. Philadelphia 1937. (Contribuciones de muchos autores).
- MENGHIN O., *Weltgeschichte der Steinzeit*. 2 ed. Viena, 1941.
- OBERMAIER H., *El hombre fósil*. 2 ed. Madrid, 1925.
- OBERMAIER H. y GARCÍA y BELLIDO A., *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*. 3. ed. Madrid, 1944.

## GEOCRONOLOGIA DEL CUATERNARIO.

- DE GEER G., *Geochronologia Suecica Principes*. K. Svenska Vetensk. Akad. Handl. (3) 18/6, Estokolmo, 1940.
- MILANKOVITCH M., *Kanon der Erdbestrahlung und seine Anwendung auf das Eiszeitproblem*. Belgrad, 1941.
- PATERSON, *On a World Correlation of the Pleistocene*. *Transact. of the R. Soc. of Edinburg*, LX, 1941.
- SCHMID E., *Die Klimaschwankungen des Quartärs*. *Forsch. u. Fortschr.*, XXI - XXIII, 1947.
- SOERGEL W., *Das Eiszeitalter*. Jena, 1938.
- SOERGEL W., *Das Eiszeitalter*. Jena, 1938.
- SOERGEL W., *Die Vereisungskurve*. Berlín, 1938.
- WRIGHT M. B., *The Quaternary Ice Age*. London, 1937.
- ZEUNER F. E., *Dating the Past, an introduction into Geochronology*. London, 1945.
- ZEUNER, *The Pleistocene Period*. London, 1945.

## ANTROPOLOGIA MORFOLOGICA GENERAL.

- BOULE M. et VALLOIS H. V., *Les hommes fossiles*. 3 ed. París, 1946.
- COON C. S., *The Races of Europe*. New York, 1939.

- COOPER J. M., *The Scientific Evidence Bearing upon Human Evolution. Primitive Man*, VIII, Washington, 1935.
- EICKSTEDT E. v., *Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit*. Stuttgart, 1934. (2 ed. está apareciendo en cuadernos).
- HOOTON E., *Up from the Ape*. New York, 1947.
- HOWELLS W. W., *Mankind so far*. New York, 1945.
- WEIDENREICH F., *Apes, Giants and Man*. Chicago 1946. (Traducción castellana: Simios, Gigantes y Hombres. Buenos Aires, 1947).
- WEINERT H., *Entstehung der Menschenrassen*. Stuttgart, 1938.
- WEINERT H., *Menschen der Vorzeit*. Stuttgart, 1947.

## PALEOLITICO DEL VIEJO MUNDO.

- ALMAGRO BASCH M., *Prehistoria del Norte de Africa y del Sáhara español*. Barcelona, 1946.
- BAECHLER F., *Das alpine Palaeolithikum der Schweiz im Wildkirchli, Drachenloch und Willdenmannlösch*. Basel, 1940 .
- BREUIL H., *Les subdivisions du paléolithique supérieur et leur signification*. XIV. Congr. intern. d'anthr. et arch. préh. 1912 Tom. I, Ginebra, 1913.
- BREUIL H., *L'Afrique préhistorique*. En: *Afrique. Cahiers d'Art*. París. 1931.
- BREUIL H., *Le Clactonien. Préhistoire*, I, París, 1932.
- BREUIL H., *The Use of Bone Implements in the Old Palaeolithic Period*. *Antiquity*, XII, 1938.
- BREUIL H., *Le paléolithique au Congo Belge d'après les recherches du Dr. Cabu*. *Transact. of the R. Soc. of S. Africa*, XXX/2, Cape Town, 1944.
- BREUIL H., *L'état actuel de nos connaissances sur les industries paléolithiques de Choukoutien*. *L'Anthropologie*, XLVI, 1936.
- BREUIL H., et KOSLOWSKI L., *Etudes de stratigraphie paléolithique dans le Nord de France*. *L'Anthropologie*, XXX, 1931, XXXII, 1932.
- CATON-THOMPSON G., *The Aterian Industry: Its Place and Significance in the Paleolithic World*. London, 1937.
- DE TERRA H. AND PATERSON T. P., *Studies in the Ice Age in India and Associated Human Cultures*. Washington, 1939.
- GOLOMSHTOK E., *The Old Stone Age in European Russia*. *Transact. Amer. Phil. Soc., N. Ser.* XXIX, Philadelphia, 1938.
- FIELD H. AND GOLOMSHTOK E., *Archaeology in the U.S.S.R.* *American Anthropologist*, XXXVIII, 1936 y ss.
- GOODWIN A. J. H. AND VAN RIET LOWE C., *The Stone Age Cultures of South Africa*. *Annals South Afr., Museum*. XXVII, 1929.
- HEINE-GELDERN R., *Prehistoric Research in the Netherlands Indies*. En: *Science and Scientists in the Netherlands Indies*, New York, 1945.
- KRAFT G., *Der Urmensch als Schöpfer*. Berlin, 1941.

- LEAKEY L. S. B., *Stone Age Africa*. Oxford, 1936.
- MOVIUS H. L., *Early Man und Pleistocene Stratigraphy in Southern and Eastern Asia. Papers of the Peabody Museum of Amer. Arch. and Ethn., Harvard Univ., XIX/3, 1944.*
- PEI WEN-CHUNG, *The Recent Progress of Quaternary Study in China. Quartär, II, 1939.*
- VAUFREY R., *Le paléolithique italien*. Paris, 1928.
- VAUFREY R., *Paléolithique et Mésolithique palestiniens. Revue scientifique 6/7, Paris, 1939.*
- WULSON F. R., *The Prehistoric Archaeology of North West Africa. Papers of the Peabody Museum of Americ. Anthrop., Harvard Univ., XIX/I.*
- ZBYSZEWSKI G., *La classification du paléolithique ancien et la chronologie du Quaternaire du Portugal en 1942. Oporto, 1943.*

#### PALEOLITICO DEL NUEVO MUNDO.

- ANTEVS E., *Spread of Aboriginal Man to North America. Geographical Review, XXV, 1935.*
- BRBUIL H., *L'industrie du stade paléolithique des Tasmaniens. Journ. Soc. Océanistes, I, Paris, 1945*
- AUER V., *Las capas volcánicas como nuevo método de cronología post-glacial en Fuegopatagonia. Gaea, VIII, Buenos Aires, 1948.*
- DE TERRA H., ROMERO J., STEWART T. D., *Tepeapan Man. New York, 1949.*
- FÜRER-HAIMENDORF, CHR. v., *Zur Urgeschichte Australiens. Anthropos, XXX, 1936.*
- FRENGUELLI J., *El problema de la antigüedad del hombre en la Argentina. XXV. Congreso internac. d. American. (La Plata 1932), Buenos Aires. 1934.*
- HOWARD E. B., *An Outline of the Problem of Man's Antiquity in North America. Amer. Anthropologist, XXXVIII, 1936.*
- HRDLIKA A., *Skeletal Remains Sugesting or attributed to Early Man in North America. Smiths. Inst., Bur. of Ethnology, Bull. 33, Washington 1907.*
- HRDLIKA A., *Early Man in South America, Ibidem, Bull. 66. Washington, 1912.*
- IMBELLONI J., *La esfinge indiana. Buenos Aires. 1926.*
- IMBELLONI J., *The Peopling of America. Acta Americana I, 1943 (Traducción castellana): El poblamiento de América. Rev. de la Univ. de Buenos Aires, 4 Epoca, I, 1947.*
- IMBELLONI J., *Tres capitulos sobre sistemática del hombre americano. Actualidad Médica Peruana, II, Lima, 1937.*
- JENNESS D., *The American Aborigines. Toronto. 1933. (Contribuciones de muchos autores).*
- MAC GREGOR J. C., *Southwestern Archaeology. New York and London, 1941.*

- MARTIN P. S., QUIMBY G. I., COLLIER D., *Indians before Columbus*. Chicago, 1947.
- MARTINEZ DEL RÍO P., *Los orígenes americanos*. México, 1943.
- MERRIAM J. C., *Recent Cave Explorations in California*. *Amer. Anthropologist*, VIII, 1906.
- OUTES F., *La edad de la piedra en Patagonia*. *Anales del Museo Nac. de Buenos Aires*, V, 1905.
- PALAVECINO E., *Areas y capas culturales en el territorio Argentino*. *Gaea*, VIII, Buenos Aires, 1948.
- PERICOT L., *América indígena*, I. Barcelona 1936.
- PUTNAM F. W., *Evidence of the Work of Man from Quaternary Caves in California*, *Amer. Anthropologist*, VIII, 1906.
- RIVET P., *Los orígenes del hombre americano*. México, 1943.
- ROBERTS F. H. H., *Developments in the Problem of the American Indian*. *Smithsonian Miscellaneous Collections*, C, Washington, 1940.
- RUSCONI C., *El hombre fósil de la Argentina en relación a las faunas extinguidas*. *Anales del I Congreso panameric. de ingeniería de minas y geología*. Geología, I<sup>a</sup> Parte, Tomo 2. Santiago de Chile, 1942.
- SALMI M., *Die postglazialen Eruptionsschichten Patagoniens und Feuerlands*. *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*. Ser. A. III, 2, Helsinki, 1941.
- SAUER C. O., *A Geographical Sketch of Early Man in America*, *The Geographical Review*, XXXIV, New York, 1944.
- SAYLES E. B. and ANTEVS E., *The Cochise Culture*. Gila Pueblo. Medalion Papers 29, Globe (Ariz.), 1941.
- SERRANO A., *Los sambaquis o concheros brasileños*. *Rev. Inst. de Antr. Univ. Nac. Tucumán*, I/3, Tucumán, 1938.
- STOLYHWO K., *Sur l'antiquité de l'homme en Argentine*. *Mélanges de préhist. et d'anthr. offerts au prof. Comte H. Bégouen*. Toulouse, 1939.
- VIGNATI M. A., *El hombre prehistórico. Los restos humanos y los restos industriales*. En: R. LEVENE, *Historia de la Nación Argentina*, I, Buenos Aires, 1939.
- VIGNATI M., *Descripción de los molares fósiles en Miramar (Prov. de Buenos Aires)*. *Rev. Mus. La Plata, Antr.* I, 1941.
- WINDHAUSEN A., *Geología Argentina*. Buenos Aires, 1931.

## ARTE Y RELIGION DEL PALEOLITICO.

- ABEL O. und KOPPERS W., *Eiszeitliche Bären darstellungen und Bärenkulte*. *Palaeobiologica*. V, 1933.
- BÉGOUEN H., *Les bases magiques de l'art préhistorique*. *Scientia*, ser. 4, XXXIII, Milano 1939.
- BÉGOUEN H., *Les empreints de pieds préhistoriques*. *Institut. Internat. d'Anthrop.* III, sess (Amsterdam 1927), Paris 1928.

- BREUIL H., *The Paleolithic Art of N. E. Spain and the Art of Bushman, a comparison.* *Man*, XXX, 1930.
- BREUIL H., *Les origines de l'art.* *Journal de psychol.* XXII, Paris, 1925.
- BREUIL H., *Les origines de l'art décoratif.* Ibidem, XXIII, 1926.
- DENNERT E., *Das geistige Erwachen der Menschheit.* Erfurt, 1929.
- GAHS A., *Kopf-, Schädel- und Langknochenopfer bei Rentiervölkern.* *Festschrift f. W. Schmidt*, Mödling bei Wien, 1928.
- HOERNES M. und MENGHIN O., *Urgeschichte der bildenden Kunst.* 3. ed. Viena, 1925.
- KOPPERS W., *Künstlicher Zahnschliff im Altpaläolithikum und bei den Ainu auf Sachalin.* *Quartär*, I, 1938.
- MARINGER J., *Menschenopfer im Bestattungsbrauch Alteuropas.* *Anthropos*, XXXVII/XL, 1942/45.
- MENGHIN O., *Die ältere Steinzeit.* En: Otto W. *Handbuch der Archäologie I*, (Handbuch d. Altertumswissenschaft, I). München, 1939.
- LUQUET A. H., *L'art et la religion des hommes fossiles.* Paris, 1926.
- LUQUET A. H., *Les Vénus paléolithiques.* *Journ. de psychol.*, XXXI, 1934.
- PASSEMARD L., *Les statuettes féminines paléolithiques dites Vénus stéatopyges.* Nîmes, 1938.
- ROUDINSKY M., *Industries en os de la station paléolithique de Mizyn interprétée par Volkow.* Kiew, 1931.
- SACCASYN-DELLA SANTA E., *Les figures humaines du paléolithique supérieur eurasiatique.* Antwerpen, 1947.
- SCHMIDT W., *Handbuch der vergleichenden Religionsgeschichte.* Münster i, W., 1930. (Traducción castellana: SCHMIDT G., *Manual de historia comparada de las religiones.* Madrid, 1932).
- SCHMIDT W., *Völkerkunde und Urgeschichte in gemeinschaftlicher Arbeit an der Aufhellung der ältesten Menschheitsgeschichte.* *Mitteil. d. Naturforsch. Gesellsch.* Bern, 1941.
- SEEWALD O., *Beiträge zur Kenntnis der steinzeitlichen Musikinstrumente.* Viena, 1934.
- VALLOIS H. V., *Les empreintes de pieds humains des grottes préhistoriques du Midi de la France.* *Palaeobiologica.* IV, 1931.
- SÖDERSTRÖM J., *Die rituellen Fingerverstümmelungen in der Südsee und in Australien.* *Zeitschr. f. Ethnol.*, LXX, 1938.
- VOLHARD E., *Kannibalismus.* Stuttgart, 1939.
- WERNERT P., *L'anthropophagie rituelle et la chasse aux têtes aux époques actuelles et paléolithiques.* *L'Anthropologie*, XLVI, 1936.
- WERNERT P., *Le rôle du feu dans les rites funéraires des hommes fossiles.*